

BOLSILIBROS
BRUGUERA
POLICIACA
SERIE
SERVICIO SECRETO

¡esto va en serio, nena!

RALPH BARBY



SS

SERVICIO SECRETO



RALPH BARBY

¡ESTO VA EN SERIO, NENA!

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.292

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 10.906 - 1975
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: mayo, 1975

© Ralph Barby - 1975
Texto

© Salvador Fabá - 1975
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección COLORADO:

838. - La larga espera de la muerte.

En Colección KANSAS:

744. - El comisario rebelde.

En Colección CALIFORNIA:

881. - Buscando a un tramposo.

En Colección BRAVO OESTE:

585. - «Colt» a sueldo fijo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.287. - Un avispero en Londres.

En Colección SALVAJE TEXAS:

992. - El lobo de Texas.

En Colección PUNTO ROJO:

656. - La Venus de los pies grandes.

En Colección ASES DEL OESTE:

647. - Los torturados de Nogan.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.351. - Más astuto que los coyotes.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.051. - Los rebeldes del pañuelo rojo.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

120. - La matanza del paso de Trut-Creek.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

85. - Una bala para un «Colt».

CAPÍTULO PRIMERO

El hombrecillo era extraordinariamente pequeño y glugluteaba de forma constante. Su cabello era abundante y leonino, si no cano, sí de un gris claro.

Las gafas, a través de las cuales miraba inquisitivamente, eran redondas y de muchas dioptrías. Sus brazos eran desmesuradamente largos para la longitud de su tronco. Era un ser extraño, como sacado de los sótanos de algún singular antro.

Se movía con rapidez, utilizando las cuatro extremidades, Maurice van Behend no sabía si para conservar el equilibrio de su cuerpo anormal o para mantenerse en todo momento agarrado a alguna parte, como si de un arácnido hilarante se tratase, porque el sujeto que, además lucía un vigoroso bigote, mostraba unos largos y estrechos dienteillos que aparecían por entre el abundante vello del rostro.

—¡Mírate, mírate al espejo! —pidió, dejando de articular palabras ininteligibles para Maurice van Behend, que permanecía sentado en un viejo sillón de barbero, como comprado en el Portobello londinense.

El espejo era grande, rodeado por cuatro potentes bombillas al estilo de los camerinos de actores. Maurice se miró al espejo; hasta aquel momento había mantenido los ojos cerrados.

Siempre se había preguntado cuál sería la lengua que había mamado Leónidas. ¿Qué enigmáticas palabras podrían deducirse de aquel constante gluglutear? Nunca había podido obtener una respuesta concreta.

Parpadeó, contemplando las seis fotografías que tenía ante sí, pegadas en una cartulina. Después, se observó a sí mismo de frente y de perfil al tiempo que, de reojo, escrutaba las fotos.

—Por las barbas de Mefistófeles... Has hecho un buen trabajo, Leónidas.

Aquel extraño ser, agarrado con una de sus largas manos a una argolla herrumbrosa que pendía de la pared enmohecida, sonrió y dijo:

—Es que yo soy un prosélito de Satán. ¿Aún no te habías dado cuenta?

—¿Y por cuánto quieres comprar mi alma? —le preguntó Maurice van Behend sin dejar de repasar su rostro en el espejo, un rostro muy duro, con una larga cicatriz que le bajaba del pliegue exterior del ojo derecho, hasta casi la comisura del labio del mismo lado.

Su cabello era rubio claro, lacio y peinado de lado.

Su mirada fría, muy clara, y los labios, de una dureza que sobrecogía.

—El día que te encuentre muerto, no sabré si enterrarte en un cementerio para animales o en uno de seres humanos —le dijo Van Behend, más preocupado en observar cada uno de los detalles de su cara que en lo que estaba hablando.

Aquello le pareció muy divertido a Leónidas, pues se rió en «III», temblequeante y muy largamente.

—Cuando eso ocurra, cargas mi cuerpo sobre tus hombros, tú que eres un hombre fuerte que pesas dos veces lo que yo, y me llevas al zoo.

—¿Al zoo? —repitió Maurice van Behend, mirándole ahora de frente.

—Sí, al zoo. Siempre me he dicho que los cocodrilos están allí muy tristes. Me temo que pasan hambre.

—No me estarás diciendo que deseas ser devorado por uno de esos repugnantes cocodrilos, ¿verdad?

—¿Y por qué no, qué más da gusanos o cocodrilos? Me sentiré como reencarnado en ellos y así, después de mi muerte, pasaré los días observando a los cretinos que desde el otro lado de las rejas observan a su vez a los cocodrilos.

—Si no fueras tan astuto y tuvieras unas manos tan habilidosas, yo mismo cargaría contigo y te encerraría en la acolchada celda del más protegido de los manicomios.

Ahora, la risa de Leónidas se hizo más larga, casi aullante, y encontró miles de ecos en aquellos lóbregos y húmedos sótanos, donde las mismísimas y gigantescas ratas se estremecían al oír

aquella risa demencial.

—Bien. ¿Y por cuánto tiempo garantizas tu obra?

—¿Mi obra?

Antes de que Maurice pudiera evitarlo, Leónidas cogió un plato que contenía un coloreado puré, mezcla de vegetales y carnes trituras. Con él se alimentaba Leónidas, que no era precisamente un *gourmet*.

El plato fue lanzado contra el rostro de Maurice, salpicándole por completo.

La reacción inmediata de Maurice fue estirar su mano, coger a Leónidas por el cuello y levantarlo en el aire. En principio, el puré no le permitió verle, pero lo sintió patalear y manotear intentando librarse de aquella presión asfixiante alrededor de su cuello.

Maurice van Behend abrió la mano y dejó caer el cuerpo de Leónidas. Después, se miró al espejo y preguntó:

—¿Por qué has estropeado tu obra estúpidamente? No cabe duda de que eres un psicópata potencial.

—¡Lávate, anda, lávate! —le dijo, entre irritado y apremiante.

Maurice van Behend se dirigió al pequeño y no muy limpio lavamanos que había en aquella especie de habitación. Tras lanzar a Leónidas una mirada cargada de recelo, se lavó el rostro. Luego, como temiendo estropear algo, se secó con una toalla de papel.

—Ahora, mírate de nuevo.

Maurice van Behend se contempló en el espejo y tuvo que parpadear, asombrado. Después, sonrió y la cicatriz que aparecía visible en su rostro, se estiró, dándole algo más de dureza.

—Te felicito, Leónidas, no esperaba tanto.

—De mí puedes esperar mucho y tú lo sabes, pero te advierto una cosa...

—¿Qué cosa?

—Sólo tienes seguridad entre cuarenta y cuarenta y cinco horas.

—No es muy largo el plazo.

—En ese momento, me llamas y te vuelvo a dejar como nuevo en menos de dos horas, pero ten en cuenta que la piel de tu rostro ha de respirar, segrega grasa y eso sí hace que se desprenda la máscara que te he colocado.

—Entonces, trasládase a París.

—¿A París?

—Sí, te daré una dirección. Vas a ella y no te muevas hasta que te llame. No sé de cuánto tiempo dispongo. ¿Comprendido?

—Quien paga, manda, y no te voy a resultar barato, ya lo sabes.

—Siempre me he preguntado para qué quieres tú el dinero si vives como un miserable.

—Cada cual tiene sus gustos y sus vicios. El mío es hacer siempre pruebas con todo aquello que se me ocurre, y eso es caro, muy caro.

Tornó a reírse en «I», pasando de un lado a otro de la estancia como podría hacerlo una araña contenta.

Maurice van Behend tomó un pincel de aquella especie de tocador de actor y con él, en una letra impersonal, casi tipográfica, escribió una dirección. Después, soltó el pincel y se miró las manos.

—¿Y las huellas?

—Todo lo tengo previsto.

Leónidas sacó una pluma estilográfica a la cual quitó el capuchón. Lo colocó en la parte posterior del mango y luego, así encajado, le dio una vuelta.

Tomó las manos a Maurice y presionando el capuchón con el pulgar, salió un líquido pulverizado que barnizó las yemas de los dedos de Maurice, uno por uno y con meticulosidad.

—¿Qué es esto?

—Un *spray* plasti-stripable. Lo tendrás pegado durante unas horas. Luego, con la uña, raspas por debajo de la yema y arrancas cada una de las películas. Si deseas volver a quedarte sin huellas, accionas la estilográfica como lo he hecho yo y te barnizas de nuevo los dedos después de lavarte con jabón para que las yemas estén desengrasadas.

—Si cuando termine esta misión estoy vivo, veré qué puedo hacer por ti, Leónidas. Ya sé que nadie quiere confiar en ti, pero yo siempre podré buscarte una mansión lo suficientemente húmeda y lóbrega para que instales tu laboratorio. Y hasta puede que te incluya un cuervo, un búho y un murciélago para que hagan juego con tu trabajo y la mansión.

—Lo que me gustaría es que me dejaran trabajar en la NASA. Veo mucho futuro en la Lima y el resto de los planetas para mis experimentos.

—Si lo que quieres es formar parte de la nómina de los

laboratorios de la NASA, pide un impreso y haz tu solicitud de ingreso.

—Ya lo hice.

—¿Y no te aceptaron?

—No. Se ve que no les gustó que hubiese pasado por tres sanatorios psiquiátricos.

—Mira, Leónidas, tengo mucha prisa, ya nos veremos en París. No te muevas de la dirección que te he dado, y si te preguntan por mí, muérdete la lengua antes de soltarla, porque de lo contrario, si te cojo vivo, pasarás por un cuarto sanatorio.

Maurice van Behend se guardó aquella estilográfica con la que había dejado en blanco sus huellas dactilares, sin necesidad de tener que usar guantes y sin que se notara que llevaba una película de protección.

Tomó su chaqueta y abriendo una puerta, se introdujo por un húmedo corredor. Luego, subió por una escalera de peldaños de madera. Terminó en una vieja escalera del Soho londinense. De allí salió a la calle, anduvo unas cien yardas y detuvo un taxi.

—¿Adónde, señor? —preguntó el taxista.

Maurice, con un acento que a cualquier londinense debía de parecerle extranjero, respondió:

—A la estación de *hover-craft* para pasar el Canal.

—Hay mucha circulación, señor. No sé si llegaremos a tiempo para que pueda tomar el último *hover-craft* de esta tarde.

—Cinco libras de propina si lo consigue.

—Sí, señor, cuente con desprenderse de ellas.

El taxista abandonó las arterias principales del gran Londres para iniciar una suicida carrera por calles angostas, haciendo saltar a los peatones y chirriar de frenos a otros automóviles con los que se encontraba en cada uno de los cruces.

Maurice van Behend tenía la documentación y el pasaporte en regla. Pagó la merecida propina al taxista, que debía de ser escocés por su acento y el escudo del Glasgow-Rangers de fútbol que tenía pegado en el salpicadero.

El gran *hover-craft*, con él a bordo, se elevó con su colchón de aire y surcó las negras aguas del Canal de la Mancha. Poco después, alcanzaba los cien kilómetros hora.

Al otro lado estaba Francia y Maurice van Behend sabía que le

estaban esperando, posiblemente para pasaportarle al mundo de las tinieblas.

Junto a su asiento se había aposentado una joven muy rubia y espigada.

Abrió su bolso y sacó un paquete de cigarrillos turcos. Maurice estiró sus dedos y le quitó uno de los cigarrillos.

Ella le miró y el hombre sacó su encendedor, ofreciéndole la llama. La chica le sostuvo la mirada, como preguntándose qué actitud debía de adoptar. Al fin, sonrió ligeramente.

Se colocó uno de los largos y aromáticos pitillos entre los labios y utilizó el fuego ofrecido por el hombre. Cuando hubo expulsado el humo de sus pulmones, acolchados por unos jóvenes y redondeados pechos desprovistos de sujetador bajo la liviana blusa, preguntó:

—¿Prefiere utilizar el verbo «tomar» en lugar del de «pedir»?

La joven hablaba con un inglés académico, un inglés casi puro sin tonos que pudieran definiría de un lugar específico.

—Un tabaco, una flor...

—¿Una mujer?

—Soy un hombre sin raíces. Cada mañana, cuando me levanto de la casa, sea de la que sea, me paso la navaja de afeitar por las plantas de los pies y así no corro el peligro de quedar enraizado en ninguna parte.

Y le prendió fuego a aquel pitillo turco que había tomado del paquete de la joven viajera cuyo nombre ignoraba.

CAPÍTULO II

Cuando el empleado de la aduana terminó de revisar su maletín-portafolios, dirigió una mirada especial al viajero y luego le preguntó:

—¿Algo que declarar?

—Tengo prisa.

El aduanero dio una mirada de reojo a la perra loba que había en el suelo, semi escondida bajo el mostrador. Estaba tranquila y ella tenía un olfato que detectaba las drogas por muy disimuladas que estuvieran dentro de paquetes perfumados exteriormente.

Van Behend recogió el portafolios negro y se guardó el pasaporte. A la salida, se detuvo. Dejó que otros pasajeros que habían hecho viaje con él le pasaran por los flancos y se colocó despacio unas gafas oscuras con montura de acero inoxidable.

Después, se encaminó hacia dos hombres de color que tenían aire aburrido y fumaban con indolencia. Eran dos sujetos fornidos, atléticos, altos y con una agresividad que podía dispararse como resortes incontenibles en el instante menos pensado.

Al llegar junto a ellos, se colocó entre ambos y sin mirar a ninguno de los dos, inquirió:

—¿Cuál es el coche?

—Bienvenido a París —le saludó el que tenía en el cabello algunas canas que destacaban en la negrura azabache del resto.

Aquel hombre usaba bigote; su compañero, de abundante pelo rizado, no.

—¿Ha habido problemas? —preguntó el otro.

—No, Charlson, no ha habido problemas, y espero que no los haya hasta que terminemos nuestra operación en París —respondió Van Behend.

El de las canas, Ganga, fue el primero que echó a andar hacia un «Citroën» Tiburón, azul oscuro, un coche lujoso, pero lo

suficientemente vulgar en París para que nadie reparase excesivamente en él, un coche de serie que podía llevar un taxista o el mismísimo presidente de la República después de un Consejo de ministros.

—¿Crees que lo conseguiremos?

—Ganga, no quiero que se gaste saliva inútil.

Ganga le miró de reojo. Maurice van Behend se introdujo en el automóvil que ya tenía un hombre al volante.

Era un asiático de labios finos, un chino tan mercenario como los demás. Sus ojos pequeños y oblicuos estaban acostumbrados a distinguir entre la selva africana a un guerrillero como un semáforo a larga distancia, calculando el tiempo justo para cruzarlo antes de que cayera el rojo.

Aun aparentando ser delgado, pesaría los ochenta kilos y se hallaba entrenado para cualquiera de las luchas marciales orientales.

—Hola, Maurice —saludó el chino con un suave acento que sólo podía engañar a quien no le conociera bien.

Su pulso no temblaba si tenía que jalar un gatillo o hundir una hoja de acero en el cuerpo del que creía podía ser un enemigo, y para él, un enemigo era aquél al que tenía que eliminar cuando le pagaban para ello.

La Prensa internacional les llamaba «mercenarios» con tintes peyorativos, pero muchos les llamaban «sicarios de la guerrilla».

El «Citroën-DS» Tiburón se puso en marcha hacia París.

Charlson se acomodó junto a Maurice van Behend, el blanco del grupo, un europeo, según todos, con sangre belga, holandesa y alemana, un ario con la dureza que en el pasado caracterizó a los hombres más seleccionados de las SS germánicas.

Se decía de él que guardaba en secreto su verdadera identidad. Que había sido un miembro destacado de las Juventudes Hitlerianas y que su padre fue un poderoso del Tercer Reich. Mas, nadie le hacía preguntas. Maurice van Behend tampoco las contestaba.

Quién pretendía sus servicios le ofrecía un dinero y le exigía un trabajo que él siempre cumplía, pero no había más preguntas, ni falsos juramentos.

Según todos, Maurice van Behend no servía a más bandera que a la del oro, aunque según otros, a Van Behend le gustaba la lucha,

era parte de sí mismo. Un juego constante en el que lo que se apostaba siempre era la vida: Matar o morir.

Su dureza en el entrenamiento de guerrilleros, negros o blancos, era conocida y temida, pues sólo aceptaba a los muy seleccionados y a los que caían les negaba toda clase de piedad.

—Creo que un coche nos viene siguiendo —advirtió Maurice sin mirar hacia atrás.

Lewan, el conductor chino, asintió:

—Ya lo he notado.

—No creo que sean de la policía —observó Ganga.

Charlson estiró su mano por debajo del asiento y sacó una especie de periscopio horizontal. Bajó el cristal de la ventanilla y asomó el extremo del periscopio con poder de aumento, vigilando al supuesto coche que les seguía.

—Son dos árabes y un japonés. El japonés quiere disimularlo, pero lleva una pistola ametralladora.

—Pisa el acelerador, Lewan. Si tratan de rebasarnos, al pasar junto a nosotros nos barrerán con plomo.

—Sí, eso creo, pero no les daremos esa oportunidad —sonrió fríamente el chino.

—Esa maldita oferta va a desatar la guerrilla en París. Cuando los de la P.J., y la Süreté se den cuenta de ello, entrarán en danza y los tiros lloverán de todas partes.

—Todos venimos a por lo mismo y esto no es una subasta en la que el perdedor se resigna. Aquí, todos trataremos de quitar a los rivales de en medio.

—Eso es —asintió Charlson guardándose el periscopio horizontal—. No es nada personal contra los que nos vienen siguiendo, pero hay que deshacerse de ellos antes de que ocurra a la inversa.

Maurice sabía que Charlson tenía razón. A Charlson se le conocía simplemente por ese nombre, pero tenía la categoría de mayor en el mundo de los mercenarios y Ganga la de capitán, lo mismo que Lewan, pero Maurice van Behend era mucho más.

—¡Pisa el acelerador a tope! Supongo que el coche estará trucado, ¿no?

—Naturalmente, Maurice —respondió el oriental, aparentemente sin emociones, mientras que con la directa puesta hundía el acelerador a tope en la autopista, arriesgándose a que

algún policía fuera tras ellos.

—La parte posterior está blindada y el cristal trasero está a prueba de balas siempre que la distancia sea superior a diez yardas.

—Pero los costados son vulnerables —puntualizó Ganga, sacando una pistola de grueso calibre, una «Magnum» con balas explosivas y un cargador petaca de veinte cartuchos.

La pistola estaba trucada por hábiles artesanos armeros paquistaníes y resultaba tan precisa como potente.

—No dispaes a ciegas. Si la policía se fija en nosotros quedaremos fuera de la subasta y hay demasiados interesados en ella, radicales de todas las ideologías. Nosotros hemos de ganarles a ellos porque somos más racionales, no nos perdemos por ninguna bandera.

—Eso es verdad —aceptó Ganga—, pero no está de más tenerla lista. —Con una intencionada sonrisa, añadió—: Por si se acercan demasiado y hay que charlar un poco con palabras de plomo.

—Ellos también lo controlan todo. Al parecer, ya estaban alertados de tu llegada, Maurice —le dijo Charlson.

Llegaban a París.

El coche que les seguía, también un «Citroën DS», trató en varias ocasiones de adelantarles. Maurice van Behend sabía bien lo que aquello podía significar: la muerte de los cuatro.

Más, Lewan conducía como un verdadero demonio, fintando y rebasando a los más veloces automóviles de la autopista. Los neumáticos chirriaban junto a ellos, los conductores se asustaban al verles pasar a aquella velocidad suicida.

La mandíbula del «Tiburón» semejaba pegarse al asfalto, buscando el máximo de adherencia mientras su forma aerodinámica se abría paso contra el aire que en vano trataba de frenarlo, rozándolo.

El motor trucado rugía, y la gasolina especial que Lewan había vertido en el depósito, respondía.

Notaron unos golpes en la plancha metálica y Ganga masculló:

—Cerdos...

—Maldita sea, ya están disparando.

Charlson gruñó:

—Como no pueden barrernos de costado, tratan de baearnos por la espalda.

—No conseguirán reventar los neumáticos por detrás —se sonrió Lewan.

Tras las ruedas habían bajado unos protectores de acero con un simple movimiento de la mano del oriental y las balas disparadas por el japonés rebotaron contra el mismo.

Escucharon la sirena de la policía, pero la noche caía y en apariencia, su automóvil no dejaba de ser vulgar. La matrícula estaba preparada para ser cambiada automáticamente.

—Salta por el primer desvío. Entraremos en París por una carretera de segundo orden. La policía ya nos estará esperando más adelante —dijo Maurice con su voz metálica, sin alterarse lo más mínimo.

Lewan sabía que Maurice tenía razón y no opuso objeciones. Salió por una lateral, cruzando súbitamente por encima de los parterres y esquivando a los que venían en dirección contraria por los tres carriles de la autopista.

En una conducción suicida, consiguió tomar la salida de la izquierda, sorteando a los demás vehículos, haciendo chirriar frenos y saltar a otros coches de un lado a otro del asfalto. Y el «Tiburón» sólo resultó con unas rozaduras contra el morro de un «Mercedes Benz» austríaco y el hormigón de la pared que canalizaba la salida de la autopista.

Los árabes y el japonés que les seguían también hicieron la maniobra suicida de saltar a los tres carriles contrarios por encima de los parterres y sorteando a los coches que rodaban en dirección contraria a altas velocidades.

Saltaron chispas de las carrocerías metálicas al rozarse unas contra otras. El asfalto olió a goma quemada. Se escucharon gritos, alaridos, insultos e imprecaciones.

La policía no se atrevió a hacer lo mismo que los fugitivos, los cuales habían organizado un tremendo atasco, con gran riesgo de colisión múltiple.

De pronto, por detrás del «Citroën» conducido por Lewan, cayó un bote, era como si aquel «Tiburón» metálico hubiera puesto un huevo también metálico del color del asfalto que rebotó contra el mismo y rodó.

El coche que les venía siguiendo pasó por encima y estalló, brotando las llamaradas en derredor de todo el automóvil.

El coche perseguidor perdió la dirección; rebotó contra una pared de hormigón y tuvo una segunda explosión.

Cuando Maurice van Behend y los que le habían estado esperando a la salida de la aduana francesa se alejaron, detrás quedó un informe montón de chatarra retorcida y ardiendo. De su interior no pudo escapar nadie.

—Disminuye la velocidad, Lewan, ya no nos persiguen.

—¿Qué te ha parecido el regalito?

—Veo que sois eficientes, no esperaba menos de vosotros —replicó.

El coche se perdió en un dédalo de carreteras de segundo orden, ya en la noche. Luego, Lewan introdujo el auto en un bosquecillo de esbeltos cedros.

—Vamos a camuflar un poco el «Citroën» —dijo el chino.

Maurice no se apeó. Abrió el portafolios y con la luz interior, comenzó a leer unas hojas tamaño holandés, plagadas de números y letras en clave.

Mientras, afuera, Lewan, Ganga y Charlson lavaban todo el costado y capó del coche, que era azul marino, con un producto especial. La pintura, no menos especial, fue desapareciendo.

Al terminar, el coche era de un color verde claro y la matrícula también era distinta.

Poco después regresaron al interior del automóvil y Lewan, al ponerlo en marcha de nuevo, dijo:

—Ya no es fácil que la policía identifique este coche con el desguisado de la autopista.

—Sería absurdo que la policía francesa estropeará nuestra misión —objetó Maurice, guardando las hojas escritas que, al parecer, sólo él entendía.

El coche se perdió en dirección a París, taladrando con sus luces las tinieblas de la noche. Ya nadie les seguía.

CAPÍTULO III

El alto empleado del Ministerio del Interior francés, caminaba despacio, con la elegancia propia de los miembros de una familia que ha cuidado metódicamente la educación durante generaciones.

Era alto, de cabello canoso, muy distinguido y de ademanes cuidados. Caminaba circunspecto junto a la anciana dama que también avanzaba por entre los jardines de Versalles.

Tras ellos, juguetones y coquetos, cuatro caniches «Toy», verdaderas miniaturas de la especie. El uno blanco, el otro gris, el tercero marrón y el último negro, eran controlados por un hombre alto, hercúleo, vestido con una chaqueta cruzada con botones dorados y gorra de plato.

Su rostro tenía algo del Asia septentrional, quizá un mongólico que no haría mal papel en un campeonato mundial de halterofilia.

Su gran anatomía contrastaba con aquellos mini caniches juguetones, pero a su patrona, la princesa Taniova, parecía importarle muy poco el ridículo de su chófer. Le importaba mucho más la fuerza de éste, su habilidad para protegerla, la «*Parabellum*» que portaba en su sobaquera y la excelente puntería que podía ofrecer siempre que el blanco fuera un hombre.

—Verá, princesa Taniova, es usted francesa de adopción, pero hay quien quiere buscarle problemas.

—Siempre hay quien quiere buscamos problemas —repuso con aire ausente—. Existen odios que sólo puede cortarlos la guadaña de la muerte.

—Oh, princesa, no sería conveniente que causara algún incidente en el que sus enemigos pudieran apoyarse para conseguir expulsarla de Francia.

—El mundo no es sólo Francia, aunque a mí me gusta vivir en este país.

—Como francés me siento halagado, princesa. Tener entre

nosotros a una persona de su alcurnia, de su linaje, es siempre un honor.

Los perritos se pusieron a ladrar estridentemente tras ellos, de tal forma que turbaban la paz de los jardines, ligeramente húmedos por una fina lluvia que había caído con anterioridad, lo que hacía que el aroma de las flores y de las plantas en general llegara con más intensidad al olfato de los paseantes.

—Lokiev, hazlos callar, por favor.

—Sí, Alteza.

Lokiev, que era el asiático gigantesco, sacó de su bolsillo unas golosinas que tiró con desmedrada gracia ante los pequeños animales.

Éstos se lanzaron materialmente sobre ellas, tensando las cuádruples correas que terminaban en la manaza de Lokiev, al que en vano trataban de arrastrar.

Al fin, lograron comerse las golosinas que, al parecer, les agradaban mucho. Lo que los canes ignoraban es que dentro de ellas había unos polvos, cuantitativamente calculados, para que tras ingerirlos quedaran más sedados y así dejaran de molestar. Prácticamente, se convertían en cálidos muñecos de peluche, soñando quién sabe con qué otros canichitos.

—¿Y dice, *monsieur* Blanch, que existe un hombre dentro del ministerio que trata de acumular pruebas contra mí para que acaben expulsándome de este agradable, culto y bello país?

—Así es, princesa Taniova.

—¿Y qué calumnias e infundios trata de esgrimir contra mí?

—Asegura que comienza a reunir pruebas suficientes para demostrar que Su Alteza es el cerebro de una organización criminal que opera en Francia, pero que tiene contactos internacionales.

—¿Un cerebro criminal? ¡Qué absurdo!

Se detuvo. Los perritos andaban más despacio, jugueteaban menos. Los ojos se les habían enrojecido y sus lenguas estaban algo más caídas hacia afuera.

La anciana abrió su bolso. Sacó una larga boquilla y al extremo de la misma colocó un cigarrillo que extrajo de su pitillera de oro, con un escudo ribeteado en diminutas esmeraldas.

—¿Tiene fuego, *monsieur* Blanch?

—Oh, sí, Alteza.

El francés le ofreció la llama de su mechero. Ella aspiró el humo del tabaco. Luego, volvió a introducir la mano en su bolso y sacó un fajo de billetes que entregó al hombre.

—No es necesario, princesa...

—Por favor, usted y yo sabemos muy bien cuál es la amistad que nos une. Creo que sus servicios van siendo bien pagados.

—Oh, sí, claro que sí, princesa —asintió el francés mientras calculaba la cantidad de billetes recibidos a juzgar por el grosor del fajo que guardó apresuradamente en el bolsillo de su chaqueta para que nadie pudiera verle aceptando dinero.

La exrusa reanudó el paseo, ahora hacia la salida de los jardines.

—¿Y cómo dice que se llama ese hombre que no me quiere bien?

—Ferragut.

—¿Ferragut qué más? No me gustaría confundirme de persona al enviarle flores.

—Gaston Ferragut Sonua.

—Conque Gaston Ferragut Sonua, ¿eh?

—Así es, princesa. Ferragut es un hombre muy tenaz. Tiene grandes amigos en el Ministerio de Justicia y en el Departamento de Inmigración se confía mucho en su trabajo.

Llegaron a la puerta. Frente a ellos estaba la zona de aparcamiento; había pocos coches.

—Muy bien, *monsieur* Blanch. Ha sido un placer entrevistarme con usted.

—El placer ha sido mío, princesa Taniova.

El francés besó la mano de la mujer sobre cuyos dedos, protegidos con guantes, destacaban unos costosísimos anillos, tan valiosos por su pedrería como por su valor histórico.

—¡Lokiev!

—Sí, Alteza.

—Trae el coche, nos vamos.

—Enseguida, Alteza.

Lokiev se alejó de ella y Blanch aguardó en pie junto a la anciana, aunque ardía en deseos de introducirse en su auto y contar el dinero que había recibido por la información.

Sabía que aquella mujer de rostro arrugado y blanco, de labios finos y ojos ocultos tras unas gafas oscuras, solía ser generosa cuando le convenía.

Era obvio que tenía mucho dinero, y si no, sabía dónde encontrarlo. Blanch prefería ignorar su procedencia y cuáles eran los negocios que Gaston Ferragut Sonua trataba de poner al descubierto.

Lokiev había introducido a los cuatro caniches en el «Rolls-Royce». En él había un gran capazo forrado con piel de marta donde depositó a las miniaturas caninas.

Luego, maniobrando con gran seguridad, llevó el coche justo hasta donde se hallaba la princesa.

Lokiev se apeó y se apresuró a acercarse a la puerta por dónde debía de introducirse la enjuta dama, pero Blanch se le había anticipado y fue éste quien le abrió la portezuela.

La princesa ni le dio las gracias; se acomodó en el automóvil y el francés cerró la puerta. Lokiev regresó al volante del mismo y el coche arrancó de nuevo mientras los mini caniches comenzaban a adormilarse. Sólo el de color negro conseguía, de vez en cuando, levantar la cabecita primorosamente peinada en la peluquería canina, lo mismo que el resto de sus compañeros.

El «Rolls-Royce» se alejó raudo y tras él se puso en marcha otro vehículo en el que se fijó Blanch. Dentro viajaban dos hombres que fumaban por matar el tiempo.

Blanch los había visto en anteriores ocasiones y suponía que eran dos guardaespaldas de aquella enigmática mujer que vivía en medio de la riqueza, el lujo y el sibaritismo, aquella anciana que Blanch estaba seguro debía de rasurarse el rostro diariamente, u ofrecería un largo vello para quien quisiera verlo.

La princesa Taniova tomó un rotulador con capuchón de oro mientras Lokiev introducía en el aparato de «cassettes» estereofónicos una cinta de Bach, cuya música comenzó a dejarse oír dentro del aislamiento del «Rolls» de acero y cristal mientras rodaba por las calles de París, seguido de cerca por un poderoso «Mercedes Benz» que impedía que ningún otro coche pudiera colocarse tras el «Rolls».

En una tarjeta en blanco, la mujer escribió el nombre de Gaston Ferragut Sonua, Ministerio del Interior.

—Lokiev...

—Sí, Alteza.

La princesa bajó un resorte y se abrió una especie de buzón

entre el asiento delantero y el posterior, ya que estaban aislados por cristal inastillable y de un grosor considerable.

—Te paso una tarjeta —le dijo a través del intercomunicador, pues el cristal les aislaba hasta en el sonido, aunque la música sí se repartía por todo el coche gracias a la compleja instalación de pequeños, pero fiabilísimos altavoces—. Que se ocupen de ese hombre.

Lokiev, que acababa de detenerse ante un semáforo rojo, tomó la tarjeta y la leyó. Se la guardó en el bolsillo superior de su chaqueta y preguntó:

—¿Cuánto tiempo tiene de plazo, Alteza?

—Plazo inmediato. Ah, y que no se les olvide enviarle una gran corona de flores de mi parte con los colores de Francia.

Puso mucho énfasis al pronunciar «Francia» en francés.

El cigarrillo terminó de consumirse y lo hizo desaparecer dentro de uno de los ceniceros. Miró a los caniches; ya todos dormían. Sonrió al verlos.

Sacó una larga aguja con una gran perla engarzada y que atravesaba el fieltro de su sombrero y pinchó a los indefensos animales, pero éstos apenas acusaban unas contracciones musculares.

—Magnífico, duermen como verdaderos angelitos.

Diez minutos más tarde, cerca de Limours, abandonaron la carretera para quedar frente a una gran verja de hierro recientemente pintada con oligisto y que brillaba a la luz de un sol mortecino que había conseguido imponerse a unas nubes débiles, pero que habían sido suficientes para acharolar el valle del Sena.

Lokiev pulsó un botón de lo que era el aparato de radio y la verja se abrió automáticamente, obedeciendo el sistema de teleondas.

El «Rolls-Royce» se introdujo en los jardines de la mansión, seguido por el «Mercedes». Después, la puerta de recios barrotes de hierro, muy artística y forjada por artesanos que posiblemente haría más de un siglo que dormirían el sueño de los justos, se cerró apenas sin ruido.

La mansión era grande, de arquitectura ochocentista, y estilo barroco.

Posiblemente había pertenecido a una familia de la nobleza

francesa que había terminado por sufrir un *crack* en su economía, adquiriéndola la princesa Taniova.

La mansión había sido remozada interiormente. Tenía lujo, arte y confort, aunque varias alas del edificio estaban deshabitadas, por no gustar a la propietaria los excesos de huéspedes ni de servicio.

Lokiev la llevó en el «Rolls» hasta la mismísima escalinata del amplio porche. Un hombre vestido con librea, pero de mirada torva y sonrisa servil le abrió la puerta.

El criado, que mostraba un bulto a la altura del pecho, cerca de la axila izquierda y que cualquier policía habría detectado inmediatamente como una pistola oculta, precedió a la princesa Taniova hacia un saloncito. Le abrió la doble puerta y se hizo a un lado para que pasara.

La decoración del saloncito era un combinado de seda azul claro y muebles color marfil, todo ello muy cuidado y selecto.

Cuatro soberbias jóvenes, de indiscutible belleza, la miraron. Al entrar la princesa, las cuatro se pusieron en pie y apartaron los cigarrillos de aquellas bocas sensuales, rojas y generosas.

—Sentaos.

Las chicas se acomodaron en sus respectivas butacas y aguardaron a que la anciana, enjuta, muy alta, hiciera lo propio. Hubo un tenso silencio que ella rompió para preguntar:

—¿Todos están ya en París?

Las cuatro asintieron con la cabeza. Una de ellas, la llamada Gwendolyne, habría sido reconocida inmediatamente por Maurice van Behend como su compañera de viaje en el *hover-craft* en el que cruzara el Canal de la Mancha.

—Ya lo sabéis, no quiero billetes. La moneda se devalúa rápidamente. En principio, veremos qué puede ofrecerme cada uno de ellos. ¿Comprendido?

Las cuatro jóvenes de nuevo asintieron con la cabeza.

—Espero que no me falléis —prosiguió la anciana—. Este negocio es sumamente importante y pienso sacar mucho provecho de él. Todo aquello que se convierta en un obstáculo para lograr mis propósitos será exterminado. Cuando salgáis de aquí, no volveréis a este palacete hasta que todo haya terminado. Cada una de vosotras: tiene ya asignado un apartamento confortablemente amueblado y no habrá más conexiones que los teléfonos que ya

conocéis.

Gwendolyne rompió el silencio por parte de las jóvenes para observar:

—Si nos preguntan sobre lo que desean obtener, ¿qué respondemos?

—Nada, porque nada sabéis. Es una buena medida. Sólo seréis contactos entre los compradores y yo, y os conviene ignorarlo todo. Nunca he soportado que nadie se vaya de la lengua por dos ocasiones; la primera siempre ha sido la última. Tenedlo en cuenta.

—¿Y si quieren torturarnos para que hablemos?

—Poseéis encantos suficientes para convencer a los hombres, pero, además, tendréis protección. Para ello, dentro de unos minutos, llegará al palacete un eficiente, médico francés.

—¿Un médico? —preguntó Gwendolyne.

—Sí. Él se encargará de algo muy importante respecto a vuestra protección.

Tras estas palabras, agitó una cuádruple campanilla y se abrió la puerta, apareciendo una camarera rodante conducida por el criado de librea escarlata.

—Hay té o café, a vuestra elección, y vais a ser buenas con esta vieja madrecita que soy yo para todas y tomaréis una taza cada una de vosotras.

Las jóvenes, esbeltas y hermosas, tenían que obedecer, lo sabían, pero lo que ignoraban era que cuatro pequeños caniches dormían apaciblemente tras tomar unas golosinas sedantes. Ellas también eran cuatro.

CAPÍTULO IV

El portero del hotel Nantes abrió la puerta para que saliera Gwendolyne, y no pudo evitar prodigarle una mirada de admiración a lo largo de todo su esbelto cuerpo, embutido en un vestido ajustado, pero elegante, color amarillo claro.

Cualquier mujer hubiera notado que ella no utilizaba *brassiéres*, pero su busto seguía erguido, alto y agresivo. Su mano sujetaba una fina y elegante correa, al extremo de la cual tiraba un caniche blanco, como queriendo avanzar más aprisa de lo que le permitían.

Gwendolyne miró con sus grandes ojos al otro lado de la calle. Allí había otro hotel y éste se llamaba Lorena.

Un automóvil hizo chirriar sus neumáticos sobre el asfalto al pisar el freno su conductor.

—¡Bruto, por poco mata al perrito! —se quejó ella.

—El semáforo está veinte pasos más abajo, *mademoiselle* —le dijo un gendarme, apareciendo solícito junto a ella.

La joven, a juzgar por su acento, era extranjera y, además, elegante y llamativamente hermosa. Un parisiense, fuera de nacimiento o adopción, estaba obligado a ser admirador de la belleza y afectuoso con las damas.

Gwendolyne tomó al pequeño caniche entre sus brazos, apretándolo contra sus pechos. El hombre del automóvil, mientras reanudaba la marcha, sacó la cabeza por la ventanilla para gritar:

—¡Quién fuera perro!

—¡Circule, circule! —Le apremió el gendarme.

Moviendo sus caderas con naturalidad, sin desear provocar, aunque no podía evitar que los hombres desviaran la mirada hacia ella, la joven rubia se detuvo junto al semáforo de peatones. Aguardó al verde. El caniche dedicó unos ladridos a un automovilista que sacaba la cabeza por la ventanilla para mirar mejor a Gwendolyne y al fin, ésta cruzó el asfalto.

Anduvo hacia la entrada del hotel Lorena. Cuando iba a penetrar en él, vio que por la puerta del aparcamiento subterráneo del establecimiento aparecía un «Porsche» verde botella.

Su vista era buena y descubrió al conductor. Corrió hacia el coche y tomó la manecilla de la portezuela, abriéndola mientras el motor roncaba, dispuesto a introducirse en el asfalto en cuanto la circulación se lo permitiese.

—Hola, Maurice.

—Ah, tú eres la chica del *hover-craft*, la que fuma buen tabaco turco.

—Y tú, el hombre que se afeita las plantas de los pies cada vez que se levanta de la cama donde ha pasado una noche para no echar raíces.

—Mira, no sé ni cómo te llamas, pero ya sabes que no me gusta echar raíces. Después de todo, no puedes quejarte ni te debo nada.

—Todavía.

—De veras me gustaría pasear contigo, pero tengo que hacer. ¿Lo comprendes?

—Sí, Maurice, lo comprendo, pero dime: ¿por qué te hospedas en el hotel Lorena si tenías una habitación reservada en el Nantes?

Maurice van Behend frunció el ceño y la miró con más intensidad, como tratando de descubrir qué había tras aquellos hermosos ojos verde oscuro.

Después, con la primera marcha colocada, soltó el embrague, y el «Porsche», con una maniobra espectacular que hizo gruñir al gendarme que se hallaba al otro lado de la calle, se introdujo en la abigarrada circulación del gran París.

El caniche se había aposentado en el regazo de Gwendolyne y miraba al hombre. Parecía vigilarlo dubitativo, como indeciso sobre la actitud que debía de adoptar respecto a él, si ladrarle o lamerle la mano.

—De modo que tú eres...

—Gwendolyne —respondió, cortando la totalidad de la pregunta.

—Magnífico, Gwen. Tienes unas piernas muy bonitas.

Alargó su mano para darle una palmada y se encontró con los pequeños, pero afilados dientes del caniche.

—Eh, sacúdeme al perrito o no podré cambiar la marcha.

—Vamos, estate quieto —pidió la joven.

El perro soltó la mano del hombre. Al parecer, ya había tomado una decisión respecto a su postura frente a él. Lanzó un corto, pero agresivo ladrido y alzó el mentón con cierta arrogancia.

Maurice cambió la marcha y dobló a la derecha por el Boulevard de los Inválidos. Después, preguntó:

—¿Te parece que hablemos en la Torre Eiffel? Allá arriba es bastante seguro.

—De acuerdo. No debiste de rechazar tu habitación reservada en el hotel Nantes.

—No me gusta que me escojan habitación las personas con las que voy a hacer un trato. Prefiero elegir mi habitación, mi hotel y...

—¿Tu compañía?

—Algo de eso.

—¿Temías que hubieran chinches electrónicos en la habitación que te habían destinado?

—Los chinches se han puesto muy de moda desde lo del Watergate, pero tampoco era nada nuevo entonces. ¿Cuántos había en mi habitación, acaso uno también, justo encima del sanitario?

—No lo sé.

—¿De veras no lo sabes? —se asombró Maurice, sorteando a los vehículos que tenía delante mientras rodaba en dirección a los Campos de Marte.

—No. Yo sólo soy un contacto.

—Entiendo. Eres un diente de toda la máquina.

—Algo así, pero sólo me verás a mí y conmigo tendrás los contactos, si es que te interesa comprar.

—Si no me hubiera interesado comprar, no estaría aquí. Además, lo tenías todo muy previsto. ¿Cómo sabías que vendría vía Londres?

—Me dieron unas instrucciones y las he seguido. Es así como se vive bien.

—¿Y tu conciencia?

—¿Conciencia? —repitió, arrugando la frente con expresión de perplejidad.

—Sí, eso que se supone que tienes más que ese perrito que me observa con ojos malignos.

—Yo no hago nada malo, no necesito preocuparme de mi

conciencia.

—Entiendo. Tú ignoras, luego no sufres. Es un sistema de vida algo cobarde, ¿o tú consideras que a una mujer no se la puede tildar de cobarde?

—Cobardía es un concepto y el concepto se puede definir según las circunstancias a que se aplica. Los hombres pueden ser cobardes y las mujeres también.

—Bueno, por lo menos no hablo con una muñeca hermosa, pero con la cabeza llena de serrín. ¿Eres universitaria?

—Tengo mis estudios. Todas las mujeres no somos estúpidas ni permanecemos absortas en los parloteos de peluquería o en la lectura de revistas del corazón.

—Magnífico. Lo malo será cuando...

Ella le miró extrañada.

—¿Cuándo qué?

—Cuando sepas realmente para lo que sirve tu trabajo y entre en funcionamiento tu conciencia. Vas a tener problemas.

—No serás tú mi predicador, ¿verdad? Eres un mercenario, un guerrillero a sueldo, un hombre que lucha por dinero.

—Mercenarios los ha habido a lo largo de toda la historia.

—Y asesinos también. ¿A cuántos hombres has matado?

—Mira, allí está la Torre Eiffel. Dicen que hay muchas mujeres que suben a ella porque es un símbolo sexual.

—¿Un símbolo sexual? No se me había ocurrido —respondió Gwendolyne, acariciando la cabeza del pequeño perro.

—¿No has leído a Sigmund Freud en sus psicoanálisis?

—Pues no. No creo tener problemas al respecto.

—¿Eres una *free-girl*?

—Soy libre para mí misma, no para que me tomen los demás, si es a eso a lo que te refieres.

Minutos más tarde, el ascensor les subía a la tercera terraza de la Torre Eiffel. Los tejados de París podían verse con claridad, el aire estaba despejado. Soplaban una brisa suave que arrastraba lejos la polución atmosférica y azotaba sensualmente los cabellos largos y lacios de Gwen.

El caniche miniatura se echó hacia atrás cuanto pudo, demostrando su miedo a la altura y más estando cerca del hombre que con un simple manotazo podía arrojarlo al vacío.

—Bien, aquí podemos tratar el asunto.

—No es tan fácil —replicó ella.

—Lo imagino. Hay varios compradores y se supone que el alijo irá a las manos del mejor postor. Por cierto, ¿tú entras en el alijo?

Ella le lanzó una mirada fría.

—¿Es que te interesaría más si así fuera?

—Por supuesto que me interesaría más, pero lo pregunto por conocer hasta dónde es capaz de llegar tu jefe. ¿Le conoces?

—Haces demasiadas preguntas, Maurice.

—Debo conocer las reglas del juego. Me mandasteis una invitación y aquí estoy, aunque no es ningún secreto para muchos interesados la desaparición del alijo de su lugar originario y hay mucha gente buscándolo en diversos países, pertenecientes al servicio de inteligencia inglés, al norteamericano, al francés, al soviético, al chino, al israelita, etcétera, etcétera.

—Sí, y también los grupos rebeldes, revolucionarios y anarquistas, los mercenarios como tú.

—Y entre tanto posible comprador, ¿cuántos serán los elegidos? Me interesa saberlo.

—Para ajustar la oferta.

—Quizá.

—Creo que los elegidos sólo son cuatro. Todos los servicios secretos y de inteligencia por cuenta de Gobiernos estables quedan fuera de la subasta.

—Es un alivio para mí. Ellos también podrían pagar mucho dinero.

—Pero, podrían utilizar la circunstancia para asestar un golpe traidor a los vendedores.

—Supongo que habréis tomado todas las precauciones para no ir a parar a la cárcel o terminar acribillados a balazos en el asfalto de cualquier ciudad de este maldito planeta donde habitamos.

—Que yo sepa, nadie de los que yo conozco ha estado nunca en la cárcel.

—Eso demuestra eficiencia. ¿Y al cementerio tampoco ha ido nadie?

Gwendolyne apretó los labios. Pareció recordar algo y su rostro no lo ocultó suficientemente. El hombre lo captó.

—Si la palabra «cárcel» no te dice nada, parece que la de

«cementerio» sí te recuerda algo.

—No insistas, Maurice. Sólo soy tu contacto y deberás atenerte a las reglas o quedarás excluido de la subasta. Son las normas.

—Bien, tendré que respetarlas. Si eres mi contacto, nos contactaremos un poco...

Estiró su mano y la ciñó por la cintura, estrechándola contra él.

El perrito quedó entre los dos, aprisionado y calentito. No ladró ni gruñó, pero temblaba de miedo al mirar hacia el vacío, pues la pareja estaba materialmente pegada a la baranda.

De pronto, un hombre bajo, cuellicorto, con una enorme capacidad torácica, gran peso y fuertes músculos, un tipo que debía de ser un irlandés, pero al que Maurice van Behend no tuvo tiempo de ver la cara, pues tenía la cabeza cubierta con una gorra provista de visera, arremetió contra él agachado, de tal forma que al embestirle le atrapó por las piernas, lo elevó en el aire y lo lanzó por encima de la baranda de la terraza tercera de la Torre Eiffel, desde la cual los seres humanos no se veían siquiera del tamaño de las hormigas.

Al sentirse elevado en el aire, Maurice había soltado el cuerpo de Gwen, apartando violentamente sus labios de los femeninos que habían comenzado a aceptar su caricia con frialdad, estoicismo y resignación.

El caniche miniatura emitió un tímido ladrido, retrepándose contra los pechos de la joven mientras ésta abría mucho sus ojos, ahogando un grito en su garganta ante lo que ya creía el asesinato del mercenario internacional Maurice van Behend.

Más, éste era como un gato y nada fácil de pasaportar al mundo del silencio.

Al ser lanzado por encima de la baranda, Maurice se agarró fuertemente con sus manos al borde de la misma, al tiempo que con las piernas, entre las rodillas y los tobillos, atenazaba la cabeza del traidor asesino. Tiró de él mientras daba una vuelta completa sobre sí mismo por encima de la baranda, desapareciendo tras ella.

Lo malo para el irlandés es que no logró desprenderse de las piernas de Van Behend y pasó también, sin desearlo, por encima de la baranda.

Ya en el vacío, Maurice abrió sus piernas y el atacante siguió volando, atraído por la fuerza de la gravedad, hacia el cemento que

le aguardaba abajo.

—¡Maurice! —gritó Gwen, al verle al otro lado de la baranda.

Maurice, que había quedado cogido al pasamanos, hizo alarde de una gran elasticidad y se subió de espaldas y a pulso. Después, se dobló sobre sí mismo y alzando los pies por encima de su cuerpo y cabeza, regresó al interior de la terraza.

El caniche le miró con ojos brillantes de asombro. Maurice cogió a la chica por el brazo y le dijo:

—Vámonos antes de que la policía intente hacernos preguntas.

Se introdujeron en el ascensor de descenso, donde se hallaban unas monjas con unas adolescentes de internado que se quedaron como extasiadas mirando al hombre de la cicatriz en el rostro.

Las monjas carraspearon. La mayoría de los turistas aún no se habían enterado del vuelo forzoso de un hombre, iniciado desde lo alto de la tercera terraza de la gran torre metálica.

—¿Qué te parece si vamos a ver el resultado? —le preguntó Maurice.

Gwen, sintiendo arcadas, denegó con la cabeza, incapaz de hablar.

Una de las religiosas intervino ingenuamente:

—Traigo agua que calma los mareos. Mucha gente se marea al subir tan arriba y en tan breve espacio de tiempo.

—Gracias.

Una de las colegialas, con gran desparpajo y descaro, preguntó de pronto:

—Oiga, esa cicatriz, ¿cómo se la hizo?

—Niña, qué cosas de preguntar —le reprendió una de las monjitas.

Maurice se acarició la cicatriz y respondió:

—Soy un hombre con muy mala suerte. Hay muchos sujetos que no me quieren bien y lo de la cicatriz, fue un machetazo. Por lo visto, tenía una avispa en la cara y para que no me picara, decidieron matarla con un machete.

Las chicas se estremecieron.

Gwen le pidió:

—Por favor, Maurice, no les cuentes...

—Ah, sí —dijo cuando ya llegaban abajo—. Hermanas, llévense a las niñas rápidamente hacia el autocar. No creo que la ambulancia

haya llegado todavía y...

—¿La ambulancia, es que ha ocurrido algo?

—Dicen que esta torre la utilizan muchos suicidas para terminar con sus vidas y me temo que hace unos minutos... Hágame caso. Son cosas que, vistas de cerca, no resultan bonitas. Es lo que trataba de decirle a mi amiga, ¿no es cierto, Gwen?

—Salgamos pronto, por favor.

Ya fuera de la torre Eiffel, vieron un corro de gente alrededor de algo.

Gwendolyne tomó la dirección contraria. Maurice van Behend sacó un cigarrillo de su propia pitillera, le prendió fuego y se lo pasó a la chica.

—No es turco, pero te sentará bien.

Y se alejaron en dirección al «Porsche».

Ya fuera de la torre Eiffel, el caniche comenzó a envalentonarse de nuevo y Maurice le frotó la peluda y rizada cabeza.

Gwen se sentó y estiró las piernas en el bajo asiento del automóvil deportivo. Alzó la cabeza y expulsó el humo. Maurice cogió al perrito por el pescuezo y lo puso en la bandeja de atrás. El animalito se sintió un tanto humillado y se acercó al pelo suave y lacio de la mujer.

—Toma, Gwendolyne, entrega esto a tus jefes. Yo pagaré con algo que seguro les interesará.

La muchacha tomó el diamante, grueso como un garbanzo, y lo miró al trasluz. La gema reflejó los rayos del sol de la tarde.

—¿Por qué ha querido asesinarte aquel hombre? —preguntó.

Maurice puso el coche en marcha y el potente motor roncó con gran fuerza, llamando la atención del pequeño rebaño de jovencitas que le siguieron con la mirada y lanzando suspiros.

Para el gusto de aquellas colegialas, la cicatriz no le afeaba en absoluto; ellas no eran de la época de Rodolfo Valentino y tampoco de la de Rock Hudson.

CAPÍTULO V

Los cuatro perritos correteaban por el saloncito.

Las cuatro bellas jóvenes tomaban unos *whiskys* con rocas de hielo mientras Lokiev, con su corpulencia y elevada estatura, controlaba la estancia.

Cada una de las muchachas se sentía lamida por la mirada del oriental. Cualquiera de ellas hubiera hecho las delicias del asiático, en especial Gwendolyne, en la cual parecía detener más su mirada.

Se abrió la puerta y apareció la enjuta y alta princesa Taniova.

Llevaba una larga boquilla de marfil y el cigarrillo que humeaba en su extremo resultaba muy aromático y dulzón. Su olor hubiera hecho sospechar de inmediato a cualquier agente de alguna brigada de narcóticos que el cigarrillo estaba drogado, aunque sólo fuera con una pincelada de aceite de hachís.

La anciana miró a los perritos, luego a las chicas. Les prodigó una helada sonrisa y se dirigió a la mesa de cuarzo rosado. En ella había cuatro cajas de plata.

Abrió la primera de las cajas e introdujo en ella su mano enguantada y abigarradamente ensortijada.

—Oro, oro puro, un lingotito de los que se utilizan en Alemania para desearse «felices pascuas».

Sostuvo entre sus dedos aquel pequeño lingote que podía comprarse en cualquier importante Banco alemán.

—Esos irlandeses son muy delicados y ofrecerse a pagar en oro es una buena medida. El oro no se devalúa, sino que aumenta de precio en forma constante. Me parece bien. No estoy dispuesta a aceptar papel moneda devaluable y que además, algunos desaprensivos suelen entregar muy bien falsificado pero tan falso como sus intenciones.

Miró a una de las chicas, la que tenía el cabello pelirrojo, y le hizo un movimiento de aprobación con la cabeza.

Volvió a dejar caer el lingote dentro de la caja de plata. La joven pelirroja suspiró, expulsando humo de tabaco de sus pulmones. El trabajo había sido bueno por su parte.

La princesa Taniova abrió la segunda caja. De ella extrajo una cajita de ébano, muy pulida. En su interior apareció un polvillo blanco. La anciana tocó el polvillo con la punta de su dedo meñique, enfundada en el guante, y se lo llevó a la lengua con sumo cuidado. Después, dio su opinión:

—Heroína de gran calidad. Seguro que si le hago un análisis químico será totalmente pura. Esos guerrilleros de Indochina están muy interesados en comprar y la heroína, en el mundo occidental, es una buena moneda de pago. Se puede vender a muy buen precio ahora que hay tanta represión contra las drogas.

Miró a la joven de cabello castaño y ojos azules y también le prodigó un asentimiento de cabeza.

La princesa abrió la tercera caja de plata y de ella sacó una hoja. A través de sus gafas oscuras, la leyó, sonriendo.

—No es mala cosa, en verdad: acciones petrolíferas innominales. Como pago podría recibir un importante fajo de acciones petrolíferas del Golfo Pérsico, ingresarlas en mi Banco de Zúrich y el propio Banco se encargaría de cobrar los intereses, etcétera. Las acciones petrolíferas del Golfo Pérsico son muy negociables y como todos sabemos, el petróleo cada día sube más y más. Fue un auténtico profeta el que llamó al petróleo el «oro negro». Esos guerrilleros árabes clandestinos, que ni siquiera obedecen a la organización de guerrilleros reconocida mundialmente, parecen muy interesados en tomar el mando. Por otra parte, ellos pueden operar en varios frentes, en el Medio Oriente y en el Golfo Pérsico siempre hay zonas de conflicto. Ellos sabrán para qué quieren comprar. La forma de pago me convence. Ahora, veamos la cuarta cajita...

Gwendolyne aguardó segura de sí, con el cigarrillo entre los dedos de la misma mano con la que sostenía el alto vaso de fino cristal color ámbar conteniendo la refrescante bebida.

—*Voilà*, un diamante... Son muy delicados esos mercenarios africanos. Ellos luchan en la selva y en las áreas urbanas, siempre peleando por dinero. Si me pagan bien, es que ellos pueden pensar en cobrar mucho mejor de quien les haya contratado para derrocar

sólo Dios o el diablo saben qué Gobierno africano o colonial. A mí, eso me importa muy poco, pero, los diamantes, como forma de pago, me parecen muy interesantes. Los diamantes naturales, de tamaño grande y perfectos, siempre se cotizan bien, suben de valor de día en día y son fácilmente transformables en lo que se desee. Me gustaría saber si esos mercenarios tienen un buen puñado de gemas como esta escondidas aquí en París, listas para entregármelas. ¿Lo sabes tú acaso, pequeña Gwendolyne?

—No —respondió lentamente.

—¿Y si la habitación de ése Maurice van Behend fuera registrada?

—No se hospeda en el hotel Nantes, es un hombre muy suspicaz. Toma toda clase de precauciones —respondió la joven.

—Lo sé, pequeña, lo sé. —Se acercó a ella y le acarició la mejilla con suavidad—. Me han comunicado inmediatamente que no se hospedó en la habitación que le habíamos reservado. Ese hombre no quiere dejarse atrapar en ninguna trampa, pero no nos vamos a molestar excesivamente por ello. Los otros han revisado cuidadosamente las habitaciones que les habíamos preparado, destruyendo todos los sistemas de escucha, instalados. La verdad es que no nos las habernos con vulgares hampones de ciudad. Todos ellos son hombres expertos en la guerra, en el espionaje.

—Y en matar —puntualizó Gwendolyne.

—En efecto. Cualquiera de ellos no dudaría un segundo en mataros a cualquiera de vosotras si con ello obtuvieran lo que desean. Sé perfectamente que Maurice van Behend no está solo. Tiene guardaespaldas mercenarios como él, apátridas todos ellos, dispuestos a luchar donde se les pague bien.

—A Van Behend han tratado de matarlo —puntualizó Gwen.

—Sí, no es de extrañar. Ellos tienen medios para enterarse de muchas cosas y saben que tienen rivales en la subasta. Ante el temor de perderla en un momento dado, prefieren eliminar al enemigo antes de la subasta, resulta más barato para ellos. En esos asuntos no debemos de inmiscuirnos. Si ellos desean matarse entre sí, que lo hagan, es asunto suyo. Saben defenderse y aunque terminen muriendo tipos duros, nunca caen los principales cerebros. Estoy segura de que aunque terminen llenando París de plomo y fuego, los cabezas de grupos compradores asistirán a la subasta, no

faltará ninguno. Los cuatro grupos están acostumbrados a jugar sucio y ellos mismos lo saben.

—¿Y nosotras también jugamos sucio?

—Haces demasiadas preguntas y eso no es bueno, Gwendolyne, puede producirte dolor de cabeza.

Suspiró y guardó el diamante en la cajita de plata, cerrándola cuidadosamente.

—¿Qué es lo que se va a subastar?

—Por lo visto, estás empeñada en tener dolor de cabeza, Gwendolyne.

—Si estamos todas metidas en este asunto hasta el cuello, debemos de saber cuando menos por qué motivos nos pueden asesinar.

—Mi pobrecita Gwen, ¿acaso tienes miedo?

Se acercó a ella, cogiéndole la mejilla entre sus dedos. De inmediato, le soltó tal bofetada que el rostro de la joven fue sacudido bruscamente, quedando rojo en el lugar afectado.

Sus compañeras bajaron la vista, rehuendo mirar a la princesa que había demostrado tanta dureza. En la mirada de Gwendolyne escapó un relámpago de ira y rencor que debió de captar la anciana.

—Desagradecida... Todas vosotras habíais caído en el desagradable mundo de la trata de blancas. Erais unas niñas cuando os compré, os liberé de ser convertidas en esclavas, en basura, y os costé estudios en un suntuoso colegio suizo. ¡A mí me lo debéis todo, soy vuestra protectora, jamás os he pedido que perdierais vuestra virginidad, no podéis acusarme de alcahueta ni de nada por el estilo, todo lo contrario! Si alguna de vosotras ha hecho algo, ha sido por su cuenta y voluntad, de modo que no sólo no tenéis nada que reprocharme, sino que debéis de estarme eternamente agradecidas por la vida que lleváis, por el lujo que os rodea y por muchas cosas más. Y total, ¿qué os pido a cambio? Fidelidad, discreción, confianza en mí y algunos trabajos que pueden calificarse de relaciones públicas. Además, estáis protegidas en todo momento aunque no lo advirtáis, por eso no estoy dispuesta a aceptar ñoñerías estúpidas, desconfianza y demasiadas preguntas. Haced lo que os mande a ciegas, entendedlo bien, a ciegas. Así cuando llegue el momento en que yo juzgue podéis vivir vuestra vida particular, tendréis una saneada cuenta corriente en el Banco y

nunca se os podrá acusar de nada. Pero, la que cometa una estupidez lo sentirá muy desagradablemente. Vosotras no sois las únicas chicas de cuya educación me he encargado ni seréis las últimas. Algunas viven muy bien, casadas con hombres importantes y con su propia cuenta corriente particular que les da seguridad en sí mismas. Otras, en cambio, no tuvieron tanta suerte porque ellas se la frustraron.

—¿Cómo Lilian?

—¿Todavía recuerdas a Lilian, Gwendolyne?

—Sí.

—Pues ya sabes, sufrió un desgraciado accidente que la llevó a la sepultura. No sigas su mismo camino, es bastante feo. Obedece a ciegas y el año que viene seguirás siendo tan bella como ahora y más rica. Si abrieras el ataúd de Lilian te horrorizarías de ver en lo que se ha convertido. Ésa es la diferencia entre obedecerme y desobedecerme. Espero que esta conversación no se repita, Gwendolyne, y eso va también por las demás. Os tengo bien vigiladas y controladas aunque no os deis cuenta, no me arriesgaré en absoluto. Sin embargo, dejemos este asunto a un lado, sé que todas os portaréis bien y seréis dóciles como mis pequeños caniches a los que tanto quiero y que confío a vuestros mimos. Hablando de compradores, he tenido que desestimar las ofertas de algunos grupos anarquistas internacionales que operan aquí en la mismísima Francia. También me han ofrecido pagar en esmeraldas sudamericanas los descontentos de aquellos países, pero pienso que de haber aceptado más ofertas, esto se habría convertido en un negocio demasiado abigarrado y complejo, hubiera necesitado más azafatas de confianza como vosotras y ahora sólo dispongo de cuatro y también hubieran surgido otros muchos problemas.

En aquel momento dieron unos golpes suaves sobre la puerta del saloncito. Lokiev miró a la princesa y ésta asintió con la cabeza.

El oriental abrió la puerta y apareció el criado de la librea escarlata empujando una mesita de ruedas sobre la que había colocado un aparato de televisión a color, con todo el sistema de magnetoscopio incorporado.

—Alteza, la grabación ya está completa.

—Ah, muy bien, veámosla, Lokiev...

—Sí, Alteza.

—Corre las cortinas. La televisión a color se ve mucho mejor con poca luz.

La princesa Taniova tomó asiento en una butaca de estilo rococó. Lokiev fue corriendo espesas y costosas cortinas y el criado que ocultaba la automática bajo la librea, manipuló en los mandos del magnetoscopio y la cinta de *video* se puso en marcha.

En pantalla, a todo color, apareció un locutor de noticiarios.

Tras dar término a una noticia, comenzó a decir:

—Con gran manifestación de duelo y multitud de acompañantes, el conocido y querido, eficiente y leal funcionario del Ministerio del Interior, Gaston Ferragut Sonua, fue sacado en su féretro a hombros de sus compañeros de ministerio y trasladado al furgón mortuario que se dirigió a Nôtre Dame, donde se habrían de celebrar las exequias fúnebres en su honor.

Mientras, en pantalla aparecían imágenes de la fúnebre comitiva, del ataúd siendo introducido en el furgón y de las furgonetas cargadas de coronas entre las que destacaba una muy grande, con los colores de la bandera francesa.

La anciana sonrió.

—Ésa debe de ser la mía. Por cierto, ahí está mi buen amigo Blanch. El pobre parece muy apesadumbrado.

En efecto, en pantalla aparecía el hombre que diera la nefasta información a la vieja dama sobre la investigación que Ferragut realizaba en su contra para expulsarla de Francia cuando menos, si es que no conseguía llevarla a presidio.

—Fueron numerosas las coronas que acompañaron al llorado personaje. En estos momentos acaban de pasarme una nota según la cual el presidente de la República, a título póstumo, le concede la medalla de la Legión de Honor que será colocada sobre el féretro antes de su entierro. Como todos ustedes saben, el caballero Ferragut halló la muerte mientras viajaba. Su automóvil se caló o debió de sucederle algún estúpido percance cuando cruzaba la vía férrea en él...

La princesa Taniova se echó a reír y las jóvenes no pudieron escuchar más detalles de lo sucedido.

La noticia terminó, se produjo un vacío en la cinta del magnetoscopio y el criado de librea anunció:

—Ahora, viene lo que se grabó en directo tal como usted

ordenó, Alteza.

Pudo verse un lujoso «Citroën DS» en un paso a nivel sobre la vía férrea, justo donde el ferrocarril debía de tomar una curva, aunque el tren había de llegar dando silbatos para alertar a quien pudiera estar cruzando el paso.

La cámara que captó aquellas imágenes hizo un *zoom* y apareció Ferragut volcado sobre el volante y ya inconsciente, o quizá muerto.

Luego, se escuchó el pitido de un tren que avanzaba a más de ciento treinta kilómetros por hora y que le cogió de lleno, arrastrándolo cientos de metros y convirtiendo el vehículo en un amasijo de hierros informe.

En la semioscuridad de la estancia, Gwendolyne se cubrió los ojos, aterrada, y hubo de hacer un esfuerzo para no gritar mientras la princesa Taniova reía ligeramente y decía:

—Bon voyage, *monsieur Ferragut*, bon voyage.

CAPÍTULO VI

El empleado del hotel Lorena llamó a la puerta.

Al otro lado de la misma, Charlson se llevó la mano a la sobaquera donde colgaba una gran pistola. Lewan caminó aprisa, colocándose al otro lado de la puerta.

Sus manos encallecidas por la práctica del karate se dispusieron a actuar y Maurice van Behend, enfundado en una bata azul de corte japonés, se dirigió a la puerta. La abrió, haciendo una seña con la mano a sus secuaces para que no se alarmaran.

El empleado sonrió al franquearse la puerta.

—*Monsieur* Van Behend, hay esta carta para usted.

—¿Carta?

Frunció el ceño, la tomó y al ver que el empleado seguía sonriendo, buscó en vano dentro de los bolsillos de su bata, donde no había una sola moneda.

Se volvió hacia Charlson y castañeteó con los dedos. El negro asintió con la cabeza y sacó de su bolsillo un franco que lanzó al aire.

Maurice lo recogió al vuelo y se lo entregó al empleado que se alejó satisfecho, aunque la propina no era excesiva.

—¿Noticias? —preguntó Lewan.

—Sólo pone mi nombre, la habrán traído a mano.

Maurice rasgó el sobre. Escrito en inglés pudo leer:

«Había cuatro cerditos, dos de ellos eran negros. Uno desapareció. Si quiere encontrarlo, en la carretera N-7, tres kilómetros después de Fontainebleau, tomar una pista forestal. En el bosquecillo y cerca del río está el cerdito negro. Marcharse de París sería muy sano para los tres que quedan».

Lewan y Charlson miraron inquietos a Maurice que mostraba un rostro duro, aunque sentía unas extrañas cosquillas que trataba de disimular. A no tardar, tendría que ponerse en contacto con el enigmático Leónidas.

—¿Dónde está Ganga? —preguntó al final.

—Fue a visitar a unos posibles voluntarios para nuestro ejército —repuso Charlson.

—Pues me temo que si esta misiva no es una fanfarronada no habrá llegado a visitar a muchos voluntarios mercenarios para las luchas africanas negras.

El chino preguntó:

—¿Crees que se habrán atrevido a asesinarlo?

—Lo averiguaremos yendo al lugar donde nos cita esta nota.

—Puede ser una encerrona —farfulló el negro Charlson.

—Es posible, pero no vamos a demostrarles que les tenemos miedo —replicó Maurice van Behend.

—Eso me parece bien, pero ¿quiénes habrán escrito eso? —inquirió Charlson.

Maurice se encogió de hombros.

—Lo mismo pueden ser indochinos, árabes, algún japonés o los irlandeses. —Recordó al que le había atacado en lo alto de la torre Eiffel.

—¿Podrían ser también los que organizan la subasta? —interrogó Charlson.

—No, sería absurdo. Esto es una guerra sin cuartel entre los participantes en la subasta. Todos estamos dispuestos a pagar un buen precio. La guerra es entre nosotros y debería de terminar cuanto antes. Lewan, prepara el coche blindado.

—De acuerdo. Os espero en el garaje subterráneo.

Lewan fue el primero en abandonar la alcoba, dirigiéndose al ascensor.

—Charlson, creo que tendremos *fire holiday*^[1].

Maurice se vistió unos pantalones ajustados y una cazadora de piel. En la axila enfundó una «*Parabellum*» calibre 38. Se colocó unas gafas y seguido de Charlson, tomó el ascensor para dirigirse al sótano donde el hotel, de factura algo antigua, con una gran obra de ingeniería había conseguido hacerse con un *parking* subterráneo, imprescindible para los clientes en las postrimerías del siglo xx.

Lewan tenía el coche a punto. Maurice abrió la portezuela del lado del conductor y le dijo:

—Hazte a un lado, conduciré yo.

—Bien.

Lewan se colocó en el lado y Charlson subió en la parte posterior. Maurice puso el auto en marcha, dirigiéndose hacia la rampa de salida al tiempo que gruñía:

—Tened listos los cascos, nos harán falta. Yo también opino que vamos de cabeza a una encerrona, pero debemos asegurarnos qué ha sido de Ganga.

—Hemos de darles una lección a esos tipos —masculló Charlson.

—Ya han recibido algunas lecciones. En la torre Eiffel me deshice de un irlandés y los del coche que nos siguió a mi llegada a Francia, también han quedado en el infierno.

—¿Por qué nos atacan a nosotros solamente? —preguntó Lewan.

—Creo que la guerra es entre todos.

Maurice van Behend parecía conocer muy bien París. Salió de la ciudad utilizando sus principales y más rápidas arterias, sin apartarse de las márgenes del Sena, y tomó la carretera

N-7,

tal como le habían indicado.

Maurice no sabía cómo terminaría aquella especie de fiesta, pero estaba dispuesto a acudir a ella. Tenía que hacerlo o su posición vacilaría ante los ojos de quienes creían en él, aunque ya daba por descontado que a Ganga no le encontrarían vivo.

Abandonó la carretera tres kilómetros después de Fontainebleau y por una pista forestal, se fue acercando al río. Os pronto, la parte posterior del coche se alzó para no golpear las piedras y botó, sacudiéndolos en su interior.

—¿Qué haces? —preguntó Lewan, sacando la pistola «Magnum» trucada, con cargador de veinte balas explosivas, cada una de ellas capaz de derribar el tronco de un árbol de un mínimo de diez pulgadas de diámetro.

Maurice había colocado el automóvil en una posición más que forzada para la conducción. Mantenía las dos ruedas del costado izquierdo por el centro de la pista forestal y las del costado derecho fuera del camino, por lo que se encontraba constantemente con obstáculos que lo hacían brincar de forma alarmante.

En ocasiones, debía de emplear toda la fuerza del motor para rebasar obstáculos que para otro coche hubieran resultado insalvables.

—No pienso seguir las rodadas de este sendero. Es demasiado fácil colocar una mina para que cuando pase un coche, estalle y los bombones que no compro por mí mismo no me agrada comerlos.

—¿Nos ponemos los cascos? —preguntó Charlson.

—Sí, es mejor.

Se distribuyeron los tres cascos de acero, pintados al estilo de los guerrilleros pero más grandes. Cubrían hasta la base de la nuca y las orejas, con una visera sobre los ojos, ocultando la frente. Un cristal antibalas llegaba a ras de la boca.

El río estaba cerca de ellos. Maurice se salió del camino y comenzó a avanzar con el automóvil entre los árboles, exponiéndose a quedar clavado en algún gran agujero. Mas no sucedió así, el coche respondió.

—¡Allí, allí! —señaló Lewan—. Es como una lápida blanca.

—Sí —admitió Maurice.

Detuvo el automóvil, quedando frente a la lápida, a unas cincuenta yardas de distancia.

—Puede que sólo sea una trampa y debajo no hay nada. —Gruñó Charlson.

—Es posible, pero iremos a averiguarlo. Tú, Lewan, quédate dentro del coche para controlarlo. Hay muchos árboles por aquí y puede haber tipos emboscados, dispuestos a barrernos en cuanto nos acerquemos.

—Bien.

Charlson y Maurice, con cascos y armados, salieron del automóvil blindado para acercarse a lo que se suponía una lápida y donde la tierra estaba removida.

Era evidente que allí habían enterrado algo, pero el paso de los días, el clima, los agentes atmosféricos y la propia vida de plantas e insectos, borraría todo rastro que ahora se destacaba a la vista.

Con las armas en la mano, mirando en derredor, avanzaron cuidadosamente.

Ambos eran expertos en las guerras de guerrillas en bosques, selvas y sabanas. De pronto, Maurice se detuvo y dijo:

—No te muevas.

—¿Qué sucede? —preguntó Charlson, empuñando la pistola y mirando en derredor a través del cristal antibalas que le protegía los ojos, la nariz y los pómulos.

—Quieto, sin mover los pies.

Maurice caminó de una forma muy especial, avanzando con las puntas de los pies en ocasiones y con los talones en otras. Después se agachó y moviendo la tierra con la mano, suavemente, descubrió un percutor. Bajo él apareció un artefacto circular.

—¿Minas?

—Eso es, Charlson, minas, nos han preparado una trampa. Este lugar está minado y lo peor es que habrá minas hasta en la tumba de Ganga, porque eso es su tumba.

—¿Y qué hacemos con las minas? Podemos volar al menor descuido.

—No podemos hacer más que tener cuidado, Charlson. No es la primera vez que avanzamos por un campo minado.

Charlson asintió, admirando la sangre fría de Maurice van Behend que avanzó en zigzag, escudriñando el suelo antes de colocar uno de sus pies. Así, consiguieron llegar ante la lápida.

—Toda la supuesta tumba puede ser una carga de plástico —advirtió Charlson, receloso.

—Es posible. Vigila y no te muevas.

Maurice se acucilló y comenzó a remover la tierra al pie de la lápida en la que sólo había dos letras, una «M» y una «G», de lo que podía deducirse «Mercenario Ganga».

—La tierra está muy blanda.

Siguió removiéndola con la mano y no tardó en tocar algo desagradable. Apartó mejor la tierra y bajo ella, a escasas pulgadas de la superficie, fue apareciendo un rostro humano que por su color de piel se confundía con la tierra oscura.

—¡Malditos chacales, es Ganga! —Gruñó Charlson.

—Sí, ahora ya no cabe ninguna duda —admitió Maurice—. Lo han asesinado y posiblemente esperan hacer lo mismo con nosotros de un momento a otro.

Como si se tratara de una premonición, se escuchó un estampido y Maurice sintió un fuerte golpe en su cráneo que lo lanzó al suelo, junto a la tumba.

Charlson se revolvió e hizo varios disparos sobre uno de los

árboles.

Lewan también entró en acción y comenzó a disparar desde el coche.

—¿Estás bien, Maurice? —le preguntó Charlson.

—Sí, vamos al coche corriendo pero cuidado con las minas. Ellos esperan convertirnos en pajaritos. Distanciémonos, si muere uno que no muera el otro.

El proyectil había golpeado contra el casco de Maurice, abollándolo ligeramente, más no había conseguido atravesarlo. No era un casco vulgar para que los soldados se protegieran contra la metralla de las bombas.

El tiroteo se recrudeció. Dos árboles fueron derribados por las potentísimas balas disparadas por Lewan.

Un disparo, hecho por uno de los emboscados, dio de lleno en una de las minas cuando Maurice corría junto a ella. La onda expansiva lo lanzó lejos, en medio de una humareda.

Rodó sobre sí mismo; se alzó de rodillas y disparó, abatiendo a uno de los atacantes al que logró verle la cara. Siguió corriendo hasta el coche.

Poco después, él mismo, mientras Charlson y Lewan disparaban por las ventanillas, conducía alejándose a toda velocidad, rehuyendo las rodadas donde también podían haber colocado minas.

Los atacantes eran tan expertos en las emboscadas como ellos mismos. Era una lucha a muerte entre guerrilleros.

—Malditos chacales... Lo han dejado de forma para que los mismísimos perros sin amo puedan desenterrarlo y devorarlo —masculló Charlson, furioso.

—No temas, no ocurrirá tal cosa —repuso Maurice—. Daremos aviso a la policía. Además, hay minas colocadas. Sería una estupidez dejarlas ahí para que alguien las pise y aumente la demografía del infierno.

—Nos hemos cargado a tres de ellos por lo menos —se sonrió Lewan, un tanto satisfecho por el desquite.

—Son indochinos —dijo Maurice—. Nos estamos haciendo la guerra entre nosotros. Habrá que firmar una paz o París será la tumba para todos.

El «Citroën» blindado se introdujo de nuevo en la

N-7,

ahora en dirección a Fontainebleau. Su objetivo era París.

CAPÍTULO VII

Se ajustó la chaqueta *sport* color claro, con grandes cuadros oscuros sobre la camisa negra con cuello cisne que contrastaba con su cabello rubio albino.

Pasó a la cafetería del hotel y en el mostrador descubrió a Gwendolyne. Tenía un vaso frente a ella y en su regazo, un caniche miniatura que llamó la atención de Maurice van Behend.

—Hola, Gwen. ¿Qué le ha pasado al perrito, le has teñido el pelo?

—Si lo dices porque es gris, pues no.

—Entonces, ¿tienes más de uno?

—Eso es, Maurice, eso es —respondió sonriente, aunque Maurice notó que la sonrisa era fría, sin entusiasmo.

—Bueno, no está nada mal. El otro no parecía quererme bien, me mordió en la mano.

—¿Y te dejó señal?

—Pues, no reparé en ello. ¿Qué te parece si aceptas una invitación a cenar? —Encantada.

—Después de todo, cuando me han dicho que me esperabas en la cafetería he supuesto que querías hablar conmigo.

—Sí, y puedo empezar dándote una buena noticia.

—¿Cuál?

—Tú y tu grupo habéis sido aceptados en la subasta.

—Es una excelente noticia, si es que alguien ha quedado excluido.

—Sí, han quedado varios excluidos en esta subasta que va a celebrarse para unos cuantos elegidos.

—¿Y cuántos somos?

—Cuatro.

—Bien, no somos muchos a desollarnos vivos, pero si no os dais prisa en celebrar la subasta, pronto no tendréis cuatro, ni tres ni

dos.

—¿Qué quieres decir?

—Te lo contaré por el camino. En cuanto a ese perrito, ¿lo has de llevar siempre encima, acaso eres una canófila?

—Me gustan los chuchos. Son más de fiar que los hombres.

—Bueno, si son así de pequeñajos, puedo creerlo.

Gwendolyne depositó el caniche «toy» gris en el suelo y el animalito echó a andar rápidamente delante de ellos. Parecía tener mucha intuición de donde se hallaba la puerta de la cafetería.

El can llamaba la atención por su tamaño, por el color de su pelaje rizado y abundante, pero luego era la rubia Gwen quién atraía las miradas de los hombres.

Y Maurice van Behend, pese a la dureza de su rostro, a la cicatriz del mismo, atraía a las mujeres, quizá a las que tenían un sentimiento más oculto de masoquismo.

Pasaron al ascensor que conducía al *parking*.

Maurice escogió el «Porsche» verde botella y en él se introdujeron en la noche de París.

Llegaron al Maxim's y un empleado uniformado les advirtió:

—Lo siento, *mademoiselle*, *monsieur*, pero los perros no se admiten en este local.

—Vaya, eso sí es una contrariedad —dijo Gwendolyne.

Maurice lo cogió por el pescuezo y lo echó sobre la bandeja posterior del coche.

—El perrito puede esperarnos a que terminemos de cenar, aparque el coche. —Y entregó las llaves al empleado para que estacionara el «Porsche» en un *parking* contratado por el restaurante.

—No debiste hacer eso, Maurice. El caniche se sentirá muy solo —protestó Gwen.

—No es para tanto, ya le compraremos una perrita a la salida si encontramos una tienda canina abierta, lo digo para que se consuele. ¿Acaso el animalito está en celo?

Gwen iba a replicar, pero el *maître se les acercó*.

Poco después, se hallaban sentados ante una excelente mesa donde podían cenar y contemplar el espectáculo que se ofrecía a los clientes del famoso restaurante.

Maurice van Behend demostró ser buen *gourmet* al elegir la cena

y el champaña.

—¿Invitas siempre a las chicas que conoces a este lugar?

—Dejémonos de frivolidades, Gwen. Aquí hay mucha gente y por lo tanto es más difícil que nos escuchen.

—Te escucho yo.

—Eso me basta.

—Pareces irritado.

—Y tú, muy fría.

—Es extraño que digas eso, si tú nunca me has notado caliente.

—*Mademoiselle, monsieur*, el champaña —dijo un camarero algo ampuloso, descorchando la botella.

—A la salud de los cementerios de París.

—Un brindis algo macabro, ¿no crees? —objetó Gwendolyne.

—Es posible, pero eso es lo que estáis provocando.

—¿Quién?

—Vosotros, tú y quién te manda.

—¿Efe qué me acusas?

—Si tenéis algo que vender, daos prisa, ya está bien de sangre.

—¿Te refieres al hombre que murió en la torre Eiffel?

—Han muerto más hombres.

—¿Más? —se alarmó.

—Sí. Habéis convertido París en una guerra sin cuartel. Reunid a los compradores y terminemos con esta guerra urbana. ¿O es que os habéis propuesto que nos matemos entre nosotros, a ver si así aumenta el precio de la mercancía?

—No sé nada de eso, Maurice.

—Pues deberías de saberlo. ¿O sigues pensando que mientras no te enteres de nada, mientras no veas a tus amigos como yo los he visto hoy mismo, bajo unas pulgadas de tierra, todavía calientes y cosidos a balazos no sentirás remordimientos de conciencia?

—¿Acaso quieres hacerme responsable de que unos asesinos se maten entre sí?

—Estos asesinos, como nos llamas, no tenemos nada personal entre nosotros. Queremos una mercancía y nos hacéis luchar como lobos por conseguirla. ¿Qué ocurrirá si alguno de nosotros consigue averiguar dónde está el cerebro de tu organización, quizá hasta el lugar donde esté escondido el alijo?

—No lo sé.

—Yo te lo diré. Tú y los demás que formáis parte de la organización seréis barridos a balazos. Esto va en serio, nena.

—¿Tú que eres un soldado a sueldo, un soldado sin bandera, un guerrillero apátrida, tienes el valor de hacerme acusaciones?

—Tú no eres mejor, encanto. ¿Qué te crees que me estás vendiendo?

—¿Yo?

—Aguarda, calla...

Un hombre ya maduro, camino de la ancianidad pero de aspecto elegante y bondadoso, de ojos escrutadores, con una ligera barba canosa, se les acercó.

Tras él, junto a la pared, había quedado otro individuo más joven, menos afable, de rostro duro y mirada inquisitiva, fustigante.

—Buenas noches. ¿Me permiten?

Lo mismo Maurice que Gwendolyne se le quedaron mirando.

—Ah, disculpen. —Sacó un carnet que abrió ante sus miradas—. Inspector Laboiser, de la Süreté, departamento de la Interpol.

—¿Usted pertenece a la Interpol? —preguntó Gwendolyne, asombrada ante lo que parecía un hombre venerable y bondadoso.

—Disculpe, *mademoiselle*. Yo no trabajo en las oficinas autónomas de la Interpol; pertenezco a la Süreté y a su departamento de Interpol, que es diferente.

—Bueno, ¿y qué quiere de nosotros? —Le apremió Maurice.

—Mantener una breve charla con usted, señor Van Behend. ¿No es ése su nombre?

—Vamos, inspector, no se haga el ignorante. Los hombres como usted saben mucho más de lo que dan a entender.

—Es usted muy amable y generoso conmigo, *monsieur* Van Behend.

—Inspector Laboiser, ¿tiene algún cargo que hacer contra mí?

—Oh, no, y contra *mademoiselle*, tampoco, claro que a través de las oficinas de la Secretaría General de la Interpol han sido ustedes identificados claramente.

—¿Alí, sí, tienen nuestras fichas? Creí que la Interpol tenía prohibido inmiscuirse en política.

—Tiene usted mucha razón, *monsieur* Van Behend, no le está permitido meterse en política, pero tiene sus fichas. Usted es un conocido mercenario. Al Gobierno francés sí le interesa que no se

resuelvan en nuestro suelo problemas que no nos incumben en absoluto y en estos últimos días, han aparecido demasiados muertos con pasaporte extranjero, muertos de las más distintas razas e ideologías.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo, inspector Laboiser? No entiendo qué trata de decirme.

—Es posible, es posible —repitió filosófico el veterano policía galo—, pero el que últimamente haya representantes en París de los más variados grupos terroristas, anarquistas y mercenarios. Nos preocupa que se estén matando entre ustedes mismos; nos preocupa que tomen nuestras calles, carreteras y campos como campos de batalla. Nos preocupa, ya le he dicho, que haya habido demasiados cadáveres. En una gran ciudad como París, siempre hay muertos por violencia, pero es muy raro que murieran tres árabes y un japonés el mismo día que usted arribó a Francia y forzosamente tenía que pasar por la autopista.

—¿Me acusa de la muerte de esos hombres?

—Oh, no, pero nuestro Gobierno vería con buenos ojos que abandonara el país.

—¿Trae consigo una orden de expulsión?

—Todavía no, *monsieur* Van Behend, pero pudiera ser que usted mismo nos obligara a redactarla. Francia es una gran madre que acoge a mucha gente en su regazo, pero el desagradecimiento siempre debe de recibir un castigo. Por cierto, alguien llamó a la policía advirtiéndola de unas extrañas muertes junto al Sena, de un cadáver semienterrado, de unas minas colocadas y de varios muertos asiáticos. ¿Sabe usted algo de ello, *monsieur*?

—La primera noticia, inspector, esta noche no he comprado ningún periódico. ¿Cuál me recomienda usted, *Le Figaro*, *Le Soir*?

El inspector rió con evidente sarcasmo mientras movía la cabeza negativamente.

—Parece usted un gran cínico, *monsieur*, y no se ofenda, pero se da el caso de que el hombre que yacía semienterrado era amigo suyo.

—¿Ah, sí?

—Se llamaba Ganga, ha sido fácil identificarle, capitán de mercenarios. Ha luchado en diversos frentes africanos, no siempre con éxito. Hemos preguntado en el hotel Lorena y nos han

confirmado que, últimamente, le habían visto en su compañía.

—Es posible. Si usted dice que soy un mercenario sabrá que los mercenarios tienen muchos contactos con personas a las que no vuelven a ver. No sé qué decirle, inspector. ¿Han quitado ya las minas?

—Hemos acordonado la zona. ¿Cree usted que habrá más junto a la orilla?

—¿Qué orilla, inspector?

Él ya casi anciano francés sonrió benévolo y admitió:

—No es usted hombre que caiga fácilmente en una trampa o lapsus oral. Por favor, terminen su guerra. Aquí, el asesinato se paga con «Madame Guillotine» y les va a ser muy difícil probar que sus asesinatos son de tipo político. Los mercenarios, que yo sepa, siempre matan por dinero. —Se levantó de la silla—. Buenas noches, *mademoiselle*, *monsieur*...

Inclinó la cabeza, dispuesto a alejarse, pero cuando ya había dado un paso, se detuvo como si hubiera olvidado algo.

—Ah, *mademoiselle*, usted no pertenece a ninguna organización de tipo político. Sabemos para quién trabaja y si todavía no se ha visto involucrada en nada importante, sería mejor que fuera pensando en cambiar de vida. Su camino es muy tortuoso y probablemente terminará mal. Se lo dice alguien que ha vivido mucho y ha visto a muchas jóvenes con grandes fantasías en sus cabezas encerradas en las cárceles. Le ruego que acepte la sugerencia a título personal y no como representante de la ley francesa.

Tomó a inclinar la cabeza, reverencial, y se alejó de ellos.

Maurice observó que la mano de Gwendolyne, pese a mostrar un rostro aparentemente sereno, temblaba. Sabía que el inspector estaba más enterado de hechos y cosas de las que había dado a entender, y que a partir de aquel momento, él y los demás grupos serían seguidos por la policía francesa, complicando las cosas.

Gran parte de la PJ y la Sûreté dejarían de pensar en simples carteristas para establecer un cerco alrededor de los extranjeros que habían comenzado una guerra urbana en París y, en apariencia, no se sabía por qué motivo, aunque era muy probable que en las altas esferas del servicio secreto francés sí supieran muy bien de qué se trataba y dieran orden de vigilarlos pero no entorpecerlos

totalmente para llegar ellos también al final del asunto. A río revuelto, ganancia de pescadores, un proverbio que jamás cambiaría.

Pero lo que más preocupó a Maurice van Behend fue algo que notó en su propio rostro. Había perdido la naturalidad en la piel, sentía como si llevara una máscara puesta. En aquellos instantes, deseó tener un espejo frente a sí, pero no lo tenía y pedirlo hubiera podido llamar la atención. Además, seguramente estaría vigilado.

—Ha resultado algo impertinente el viejo, ¿verdad? —Comentó.

—Pues, no sé a qué se refería.

—Vamos, Gwen, yo no soy un angelito pero tú tampoco. Mira a tu derecha, sin disimulos.

—¿Por qué?

—Verás a alguien —le dijo Maurice mientras tomaba la botella de champaña del cubo de plata.

Gwen había bebido para disimular su nerviosismo y ocultar las reacciones de su rostro mientras había estado hablando el inspector de la policía francesa.

—¿Te refieres a aquel hombre del bigote?

—Sí, el de la columna —asintió Maurice mientras llenaba de nuevo la copa de la joven. Mas, entre sus dedos resbaló un polvillo apenas perceptible que se disolvió inmediatamente entre las burbujas del champaña.

—¿Y qué pasa con él?

—Es un policía francés. A partir de ahora, vamos a estar estrechamente vigilados y tendremos trabajo para tener una vida digamos íntima si esta noche decidiéramos acostarnos juntos.

—¿Cómo has dicho? —se alarmó.

—Es un supuesto, Gwen, pues, como te decía, ello quedaría escrito en los archivos de la policía. No podemos tener intimidad, salvo que seamos más astutos que ellos. Empecemos por brindar.

—Es que ya he bebido bastante.

—Un poco de teatro, Gwen, un poco de teatro —le pidió Maurice, entregándole la copa drogada con mucho disimulo.

—Está bien. ¿Brindamos otra vez por los cementerios de París?

—No, ahora por los dulces sueños.

—Tienes siempre los brindis más sorprendentes.

Él se encogió de hombros. Se llevó la copa a los labios, bebió y

después dijo:

—Lo importante no son los brindis, sino la realización de los deseos.

CAPÍTULO VIII

—No me siento muy bien, Maurice, creo que he bebido demasiado...

—Entonces, será mejor que abandonemos el Maxim's.

—Me cuesta mantener los párpados abiertos. —Sonrió nerviosamente—. Creí que resistiría mejor el champaña.

—Quizá ha sido la cosecha que hemos pedido, que ha podido resultar con más *bouquet*.

Se levantaron de la mesa. Ante la puerta no tardaron en aparcarles el «Porsche» verde botella y el caniche miniatura comenzó a ladrar a través del cristal al ver a Gwendolyne.

Maurice van Behend repartió propinas y salieron zumbando por la noche de París.

Notaba que la joven hacía esfuerzos por mantenerse despierta, pero sus párpados cada vez se cerraban más tiempo.

—¿Adónde me llevas?

—¿Qué te parece a mi hotel?

—Sería mejor que me dejases en...

—¿Dónde?

—No sé, tengo algo raro en la cabeza. El champaña estaba muy fuerte.

—Unas horitas de sueño y quedarás como nueva.

—Me sentaría bien un baño de agua fría, creo que eso me despejaría.

—Pues en mi hotel tengo una excelente bañera. Garantizan el agua caliente, pero el agua fría seguro que sí la tendrás y a chorro.

—Bien, llévame a tu bañera, cariño —le dijo, dejándose vencer y apoyando su cabeza sobre el hombro varonil.

Por detrás de ella asomó la cabecita del perro que, al verla dormida, gemía ligeramente.

—Ahora veremos cómo nos deshacemos de la policía. —Gruñó

Maurice, mirando por el retrovisor.

Sobre el asfalto de París circulaban muchos automóviles, pero había dos faros que, a prudente distancia, no se despegaban de la dirección que seguía el «Porsche».

Con naturalidad, Maurice introdujo el auto por uno de los Quai que seguían la ribera del Sena. El asfalto estaba húmedo por un rocío nocturno y la niebla que se había levantado de las mismísimas aguas del río.

Las cosas, al pasar, no se veían con excesiva claridad, aunque las luces adquirirían esa extraña difusión al ser vistas a través de algo de niebla.

De pronto, se salió de la arteria principal y metió el pie a fondo contra el acelerador, arrancando mucha velocidad al «Porsche» que debió de despertar a muchos durmientes que estarían maldiciéndose por la potencia del motor.

Se introdujo por unas callejuelas que él conocía, unas callejuelas por las que un coche grande no pasaba y sí un vehículo estrecho como el «Porsche» de dos plazas.

Aquella argucia le valió ganar distancia a sus seguidores, que estaba seguro le perseguirían por otra parte. Siguió, aumentando la velocidad, y al llegar a la rue Saint Martin, detuvo su coche en un *parking* al aire libre.

Rápidamente, sacó unas llaves y abrió el vulgar «Renault-16» azul marino que había quedado junto al «Porsche». Sacó a Gwendolyne del «Porsche» y la introdujo en el «Renault».

El perrito le siguió aprisa, consiguiendo introducirse en el nuevo auto. Todo se había realizado en menos de un minuto y al poco, maniobraba con el nuevo coche hacia atrás, abandonando el aparcamiento.

Se alejó del sector. Estaba seguro de que sus seguidores no tardarían en dar con aquella calle y descubrirían el «Porsche», pero se tendrían que rascar el cogote preguntándose adónde podría haber ido Van Behend.

En el nuevo coche, se acercó a Pigalle.

Aparcó en una callejuela de adoquines acharolados por la humedad. Allí olía muy mal. Era como si las cloacas de aquel sector no tuvieran agua suficiente para arrastrar los detritos por el interior de las mismas.

Divisó a varios individuos de mala catadura. A aquella hora de la noche, el lugar no era de lo más recomendable.

Maurice abrió el coche. Sacó a Gwendolyne en brazos, seguro de que ella no despertaría y luego cerró, dando un portazo al coche. Si se lo llevaban, poco iba a importarle. El perrito les siguió, saltarín.

Maurice se dirigía hacia un portal cuando dos tipos malcarados, uno de ellos desnudando la hoja de una navaja, le salieron al encuentro sonrientes, mostrando sus dientes.

Maurice van Behend pensó que podían ser norteafricanos y su acento, al hablar, confirmó esta opinión.

—¿Qué te parece, muñeco, si nos hacemos nosotros cargo de la chica? —le dijo uno de ellos.

El caniche gris miniatura, intuyendo que algo desagradable ocurría, ladró a aquellos dos rufianes de la noche parisienne.

La mano derecha de Maurice van Behend asomó bajo el cuerpo de Gwendolyne empuñando la «*Parabellum*» 38 con silenciador acoplado. Apuntó al cuerpo del maleante que llevaba la afilada y amenazadora navaja.

—Tienes tres segundos para vivir. Puedes aprovecharlos corriendo.

El maleante abrió mucho los ojos. Miró la pistola, dándose perfecta cuenta de que no era precisamente de juguete y de que no se las había con un turista corriente o un señorito de francachela.

Echó a correr, pero el otro se llevó una patada que le lanzó Maurice en el bajo vientre y que le hizo rodar por el suelo, aullando.

Maurice jaló el gatillo y una bala hizo sonar un gran cubo de basura, perforándolo y acelerando la carrera de uno de los maleantes.

Jaló el gatillo por segunda vez. En esta ocasión, el proyectil golpeó uno de los adoquines cerca de la cabeza del rufián que se hallaba en tierra, gimiendo y apretando con las dos manos la parte dolorida de su cuerpo. Pero, el plomo le hizo olvidar parte de sus dolores; se enderezó cómo pudo y salió corriendo, aullando como perro apaleado.

Habiéndose librado ya de los maleantes nocturnos, Maurice anduvo unos pasos y se introdujo en un portal, tan oscuro como los túneles del Metro de París al quedarse sin luz.

Dentro del portal, a la derecha, había una puerta que comunicaba con el tenderete que durante el día debía de tener abierta su persiana metálica y que daba a la calle. De haber luz, hubiera podido leer el rótulo:

«LUTTONIE, Fotógrafo publicitario»

Era obvio que un buen fotógrafo no podía ganarse bien la vida en aquel antro, pero allí estaba. En sus entrañas y bajo vientre, París albergaba a muchos pseudo fotógrafos publicitarios que surtían de fotografías a las revistas internacionales del tipo *cochon*.

Pulsó el timbre que había a la derecha y tuvo que encontrarlo tanteando con la mano izquierda, viéndose obligado a levantar el cuerpo de la muchacha para ello.

Entre las perneras de sus pantalones remoloneaba el caniche. A Maurice le dio la impresión de que temblaba de miedo.

Escuchó un leve chasquido, algo metálico se había movido. Tenía la impresión de que trataban de observarle a través del visor, pero era inútil, allí no había luz ni para utilizar el portal como *watercloset* público por algún beodo nocturno perdido en Pigalle, aunque el portal no olía bien precisamente.

—A ver si abres, Caperucita. No soy el lobo feroz —le dijo con voz ronca.

Gwendolyne era una pluma para los músculos de sus brazos nervudos, pero ya hacía mucho rato que le llevaba sobre ellos.

Se abrió la puerta. Al otro lado de la misma, apenas había una luz rojiza. Dio un par de pasos adelante y la puerta se cerró tras él. Después, se encendió una lámpara más potente.

—Hola, Leónidas. ¿Cómo te va la vida por París?

—¡Diablos, una rata gorda! —chilló el extraño sujeto.

Lanzó una patada con una de sus delgadas y largas extremidades y el caniche gris salió volando. Cuando cayó al suelo, ladró tristemente y se quedó gimiendo.

—Deberás cambiarte las gafas.

—Pobrecito. —Se lamentó Leónidas, al ver lo que había hecho.

Se acercó al perrito y éste le devolvió la jugada hundiéndole sus pequeños pero afilados colmillos y arrancándole un: «¡Aaah!».

—¿Qué esperabas, que te besara la mano? —le replicó Maurice, adentrándose en el estudio fotográfico.

Multitud de fotos de chicas aparecían por las paredes clavadas con chinchetas. Algunas eran a color y muchas en blanco y negro. Sólo el veinte por ciento de las mismas tenían algo de belleza y arte. Las demás, era para comercializar en el mundo de las revistas pornográficas.

Maurice depositó a la muchacha en un diván negro de terciopelo que debía de hacer resaltar la piel femenina en las fotografías y la dejó allí, durmiendo.

El caniche, cojeando, se acercó a ella. Quiso encaramarse al sofá, pero en parte por la cojera y en parte por lo pequeño que era, no logró llegar a lo alto. Maurice, que se fijó en ello, tomó al animalito por el pescuezo y lo subió al diván para que siguiera protegiendo a su ama.

—Creí que lo habías traído para que me hiciera compañía —dijo Leónidas, refiriéndose al perro—. Me aburro mucho aquí solo.

—¿Te aburres con todo lo que hay en las paredes y supongo que en los álbumes?

—¡Ji, ji, ji, ji! Estaría muy bien si el estudio se hallara abierto y acudieran las chicas de verdad.

—Pobrecito Leónidas, ¿qué sería de ti sí eso sucediera, con lo canijo que estás?

—¿Yo canijo?

Comenzó a saltar grotescamente como un simio araña hasta detenerse frente a un espejo, donde hizo piruetas mirándose a través de sus gafas redondas, de miope.

—¿Qué, te ves muy fuerte?

Se detuvo quedando quieto, casi hierático, pensativo. Con una túnica por encima y quitándole las gafas, hubiera podido parecer un filósofo griego expulsado del Partenón por chiflado.

—De pequeño, mi madre me decía siempre que hiciera gimnasia, que terminaría pareciéndome a Clark Gable, pero, ya ves, no le hice caso. —De súbito, brincó—. ¡Pero todavía soy capaz de hacer muchas cosas!

—Sí, ya. Si algún día me caso y tengo la desgracia de cargar con una suegra, te utilizaré a ti para enviarle mis recados.

—¿Y qué ganarás con ello?

—Quedarme sin suegra.

Leónidas se acercó a Maurice hasta pegar su rostro al pecho de

él. Lo olfateó a la manera de un perro y al quedar un tanto encarados, lo que resultaba difícil por la diferencia tan notable de estatura, Leónidas le dijo:

—Algún día no te voy a consentir...

—¿Qué?

—Sólo tendré que quitar el dedo del percutor y...

Mostró en su mano una granada a la que ya había quitado la argolla del seguro.

—Cuidado, Leónidas. ¿No habrás visitado en los últimos días a algún psiquiatra? Los hay que, en vez de curar, potencian al máximo a los psicópatas con el cuento de que hay que liberarse de las opresiones interiores.

—Pues yo me voy a liberar y pronto si no me das un cigarrillo.

—¿Un cigarrillo? Eso es fácil de solucionar, Leónidas.

—Ten cuidado al llevar las manos al bolsillo. Sé que vas armado. Un tipo como tú es peligroso.

Le entregó un paquete de cigarrillos, algo arrugado. Leónidas escogió uno solo de ellos y se lo llevó a los labios. Quitó el pulgar del percutor de la granada y salió una llamita con la que encendió el cigarrillo.

—Ingenioso, ¿eh? Todo un encendedor.

—Vaya con tus bromitas...

Lo arrojó por encima del hombro y la supuesta granada cayó al suelo. Hizo una pequeña explosión, provocando una gran humareda.

—¡Imbécil! ¿Qué has hecho?

Leónidas comenzó a toser, quejándose.

—Nunca me acuerdo de que tengo los pulmones muy delicados y se me irritan con facilidad. Faltaba completar la broma, lo cierto es que cuando inventé la granada, un tipo dijo que nos haríamos ricos con ella, que conocía a una casa de artículos de bromas.

—¿Sí? Pues tú no eres millonario, precisamente.

Maurice tosió también, viendo que, hasta en sus sueños, Gwendolyne tenía dificultades para respirar.

—Es que aquel tipo se fue directo a un Banco y utilizó la granada para robar.

—¿Y cuánto se llevó?

—Diez años y un día.

El perrito tosió de una forma extraña. Él tampoco comprendía a Leónidas y su forma de comportarse; el animal aún se sentía dolorido por el puntapié recibido.

—No me sorprende, cualquier día me pasará algo parecido por fiarme de ti. Ahora, necesito tu habilidad.

—Sí, por eso has venido, mientras yo tenía que pasarme horas y horas aquí encerrado.

—¿Te has traído muchas cosas contigo?

—Algunas.

—Puede que necesite utilizarlas, si es que funcionan. Ahora, ¿dónde empiezas a trabajar?

—Pasa al otro cuarto. Oye, ¿y si le hiciéramos unas fotografías a la chica? Es toda una Venus.

—Cuidadito, Leónidas, tu imaginación puede estar excitada. A lo peor la estás imaginando a ella como a las de las fotografías.

—Yo no tengo tu suerte y he de emplear más la imaginación que la vista al natural.

—Vamos, vamos.

Antes de seguir a Maurice, Leónidas le lanzó un par de ladridos al caniche que lo miró perplejo. Había visto co-especímenes muy raros, pero Leónidas se salía de lo raro.

—¿Y qué dices que hay que hacer con la chica?

—Verás, tengo un plan, pero has de ayudarme a llevarlo a cabo.

—Soy todo oídos mientras te compongo. Te advierto que posiblemente te haré un poquito de daño.

—¿Daño?

—Sí, te habrá crecido la barba. ¿O es que no te has dado cuenta de que desde que te largaste del Soho londinense no has tenido que afeitarte? ¡Ji, ji, ji!

Maurice van Behend se miró al espejo preocupado. Leónidas, tras frotarse las manos, terminales de largos y flacos brazos, abrió su gran caja de cosmética.

CAPÍTULO IX

Gwendolyne se veía envuelta como en una nube escarlata que fue clareando hasta tornarse amarillenta. Se hallaba inmersa en unas sensaciones que la envolvían, dominándola. Descubrió el rostro de Maurice mientras ella, casi en tono de queja, de súplica, musitaba:

—No, no, no, no...

Notó que su rostro se humedecía. Se revolvió en la blandura del lecho y abrió súbitamente los ojos, quedando perpleja, desconcertada al ver aquello gris que tenía encima. Estuvo a punto de gritar, más se contuvo. Cogió entre sus manos a aquello que materialmente tenía encima y, de pronto, se echó a reír.

—¡Si eres tú!

Quien le había estado lamiendo el rostro en sus sueños era el pequeño caniche que ahora jadeaba entre sus manos, sacando su lengua sonrosada.

De pronto, Gwendolyne adquirió conciencia de que la habitación donde se hallaba le era totalmente desconocida. Y dentro de la cama, bajo la sábana y la colcha, estaba ella, pero sin otro traje que el de Eva.

—¿Dónde estoy?

Miró en derredor sin descubrir a nadie. Buscó su ropa sin hallarla, pero sí vio una caja con una nota escrita encima:

«Espero haber acertado con las medidas.

»MAURICE».

La joven, que caminaba envuelta en la sábana a modo de túnica, desgarró el papel de la caja, descubriendo en su interior un vestido jaspeado en rojos y azules. También había unas pantis. Junto a éstas, otra nota advertía:

«Como no usas *brassiéres*, no los he comprado».

Gwendolyne sintió un cosquilleo a lo largo de su espinazo. Se volvió y sólo descubrió al caniche, mirándola inquisitivo.

—¿Puedo fiarme de ti?

El perrito alzó sus dos patitas delanteras, sacando la lengua.

—¿Me has custodiado bien mientras dormía?

El chucho sacó la lengua algo más y movió los ojos.

—Cualquiera sabe si a ti también te dio champaña ese mercenario embaucador.

Tomó la caja con la ropa y se introdujo en el cuarto de baño, dejando al perrito fuera. Éste arañó la puerta; escuchó el chorro del agua y como ello no parecía gustarle demasiado, se apartó de la puerta y corrió a subirse al sofá.

Gwendolyne se bañó con agua fría para despejarse. Después de frotarse bien con la toalla, se vistió y salió al dormitorio.

Sentado en la butaca descubrió a Maurice van Behend que le sonreía, estirando aquella gran cicatriz que tenía en el rostro. Entre sus manos se hallaba el caniche cuya cabeza acariciaba, y el animalito parecía muy contento.

—Tu perrito y yo nos hemos hecho grandes amigos. He ido a comprarle un bote de comida para perros.

El can, como si hubiera entendido lo que decía Maurice, se relamió el hocico.

—Sí, ya veo que sois muy amigos. Creo que no puedo confiar en que me haya protegido demasiado mientras dormía.

—Si temes lo que yo pienso que tú piensas, y valga el juego de palabras, quédate tranquila. Deseo que las mujeres saboreen el amor lo mismo que yo, no soy del gremio de los egoístas.

—Bueno, siempre es un alivio. Me temo que ayer bebí demasiado.

—Te cae muy bien el vestido, celebro haber acertado.

—Sí, parece que tienes idea respecto a las medidas anatómicas de las mujeres. Por cierto, ayer nos seguían al salir del Maxim's, ¿verdad?

—Sí, veo que te acuerdas de algo.

—¿Quién nos seguía?

—No me quedó para preguntárselo. Tenía un coche preparado en la calle, de modo que aparqué el «Porsche» y subimos al otro

auto.

—¿Lo tenías previsto?

—Sí. Los hombres como yo debemos tener previstas muchas cosas. Ten en cuenta que mientras nosotros cenábamos en el Maxim's, la policía francesa podía haber colocado un emisor dentro de mi coche para seguirnos y saber adónde íbamos. Con un emisor de señales, constante e intermitente, es muy difícil que un coche se pierda, por ello hay que tomar precauciones.

—Entiendo, eres todo un profesional.

—Lo soy y he de tomar toda clase de precauciones, no me fío de nadie.

—Y de mí tampoco, claro.

—Tampoco. Estaba esperando que despertaras para que vayas a decirle a tus jefes que exijo una reunión rápida para la subasta o la policía francesa lo estropeará todo. Además, ya habrá agentes de varios Gobiernos metidos en este caldero en el que nos hacéis saltar. Habéis provocado una especie de guerra urbana, ha habido varios muertos y eso llama mucho la atención. Ya oíste ayer al inspector Laboiser; nos vigila y yo no quiero terminar en una cárcel francesa, por ejemplo en La Santé. No tengo inmunidad diplomática.

—Se comenta que a los mercenarios como vosotros os protegen los políticos corruptos y los industriales deseosos de vender armas.

—Eso es cierto, pero todo tiene un límite. Cuando temen pillarse los dedos, te abandonan a tu suerte. Ahora se trata de algo importante. Yo quiero comprar y he demostrado mi buena voluntad. Podría seguirte y no lo he hecho, quiero jugar limpio. Los demás también quieren comprar. Terminemos el asunto y que se lleve el alijo el mejor postor, pero acabemos de una vez o París arderá.

—Lo siento, Maurice, pero yo no puedo decidir nada, no soy nadie en esta complicada máquina que no comprendo.

—Pero de la que tú te beneficias.

—¿Beneficiarme, beneficiarme? —Se sentó en una butaca con gesto preocupado—. Me doy asco a mí misma, me da asco todo, todo... En ocasiones he pensado en... —Se calló.

Maurice pensó que el rostro de la muchacha reflejaba verdadera angustia. Se acercó a ella y sosteniendo al perrito en una de sus manos, la cogió por la barbilla y le alzó la cara. Estaba llorando.

En aquel instante, antes de que el hombre pudiera decir nada, sonó el timbre del teléfono y ambos volvieron su mirada hacia él.

Maurice se separó de Gwendolyne y se acercó al aparato. Lo deshorquilló y soltó su voz con algo de dureza:

—¿Diga?

—Que se ponga Gwendolyne.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Dígale a Gwendolyne que se ponga —insistió aquella voz.

Maurice comprendió que la voz se permitía tal exigencia porque podía hacerlo. Estaba controlado, sin duda alguna por quienes manejaban a Gwendolyne. Le tendió el auricular y la joven le miró interrogante.

—¿Quién es?

—Lo ignoro, preguntan por ti.

La joven tomó el auricular y dijo:

—Al habla Gwendolyne.

Maurice no pudo oír lo que le decían a la chica a través del teléfono, pero observó que el rostro femenino se tensaba. Al final, colgó el auricular despacio, como si temiera derribarlo, como si necesitara concentrarse para ahorquillarlo.

—¿Algo grave?

—Maurice, ha llegado el momento de la subasta.

—¿Así, de repente?

—Yo no soy quien da las órdenes, soy una marioneta más.

—Tú eres una muñeca muy hermosa y presiento que sensible. Me temo que no haces tu trabajo a gusto.

—Maurice, Maurice, tú matas por dinero, ¿verdad?

—¿Es importante que te lo diga? Soy un mercenario y tú lo sabes.

—¡Es que yo no puedo más, no puedo más!

Como si de súbito hubiera adquirido conciencia de algo horrendo que estaba haciendo y que por sí misma no podía evitar, lanzó un grito y echó a correr hacia el cuarto de aseo, encerrándose en él.

Maurice quedó desconcertado por unos segundos ante el grito, la furia y la desesperación de Gwendolyne. El propio perro se quedó mirándole a él como pidiéndole que hiciera algo.

El hombre se lanzó en tromba contra la puerta, adivinando que

había sido colocado el pestillo por su lado interior.

Parte de la jamba saltó hecha astillas. Penetró en el baño en el instante en que ella había roto el espejo y tomaba uno de sus pedazos para acercarlo a sus venas.

—¡Quieta!

Maurice le retorció la muñeca con implacable dureza, estando a punto de luxársela. Le arrancó un gemido de dolor y luego, la abofeteó, volviéndole la cabeza de un lado a otro.

Gwendolyne gritó y gritó. Al final, inclinó su cabeza contra el pecho del hombre y estalló en fuertes sollozos.

—Te comprendo, te comprendo, pero no es ésa la solución.

La joven, llorando, le tapó la boca para que no hablara. Después, se apartó de él y regresó a la alcoba. El perrito la siguió.

Ella buscó en su bolso, sacó un bolígrafo y un bloc de notas y escribió rápidamente en él:

«Cuidado con lo que dices, nos escuchan. Creo que me introdujeron un emisor en el cuerpo».

Maurice van Behend la observó fijamente. Vio sus ojos anegados en lágrimas, unos ojos que no mentían. La tomó por los hombros, la acercó hacia sí y la besó en los húmedos y temblorosos labios. Después, tomó él el bolígrafo y escribió:

«Gracias, confía en mí. Yo tampoco soy quien supones. Aguanta un poco más, estoy contigo».

Gwen le miró perpleja. Sus mejillas seguían empapadas en lágrimas salobres, no podía comprender. Todo se confundía en su cabeza; sólo sabía que estaba inmersa en un mundo de asesinos y ahora, uno de ellos, el más especial que había conocido, le pedía que confiara en él.

Notó la mano varonil en su nuca, sintió los dedos de él introduciéndose por debajo de sus cabellos. Se sintió cogida de una forma agradable y supeditándose a aquella fuerza, cedió con la cabeza y se dejó besar y besó.

CAPÍTULO X

En el «Citroën» blindado llegaron a un cementerio de coches.

Charlson y Lewan miraban con recelo en derredor. Gwendolyn y su perrito viajaban con ellos y el propio Maurice conducía. Al fin, detuvo el coche y un hombre, embutido en un mono de trabajo, les indicó que le siguieran.

El automóvil rodó por unos callejones entre coches viejos y camiones destrozados, hasta detenerse cerca de otros coches que no tenían nada de viejos o deteriorados.

Frente a ellos había un camión de unas cinco toneladas de carga útil, manejable para circular por la ciudad. Mostraba unos rótulos anunciando una casa de venta de muebles y estaba totalmente cerrado.

Aparecieron dos sujetos armados con ligeras pero contundentes metralletas «Hotkiss» del calibre 12, último modelo.

—¿Se trata de una encerrona? —preguntó Charlson, empuñando sus pupilas.

—Quieto —le ordenó Maurice—. Son precauciones.

—Bajen, han llegado a una parte de su viaje —les dijo uno de los que empuñaban la metralleta mientras el otro abría la parte posterior del camión de la supuesta casa de muebles.

Dentro había otros hombres. Eran dos árabes, tres indochinos, un japonés, tres irlandeses y luego, había tres chicas con sendos caniches miniatura.

—Vaya, parece que nos hemos reunido todos —observó Maurice.

—Salgan fuera y pongan las manos sobre el coche. No ofrezcan resistencia o dispararemos. —Advirtieron los hombres que controlaban el camión.

—Muchachos, tenemos que obedecer, son las reglas del juego —dijo Maurice al oriental Lewan y al negro Charlson.

Fueron registrados y desarmados. Después, se les invitó a subir al camión. Gwendolyne y el pequeño perrito también subieron.

Maurice, sentándose en uno de los dos largos bancos que allí había, miró al caniche blanco y dijo:

—Creo que tú y yo ya nos conocemos.

Como respuesta obtuvo un ladrido.

La puerta del camión fue cerrada desde el exterior y el vehículo inició la marcha. Todos se miraron entre sí; estaban preocupados e inquietos.

—Creo, amigos, que al final nos vemos las caras. Hemos sido unos idiotas haciéndonos la guerra entre nosotros mismos cuando al final teníamos que acabar aquí.

No le respondieron, iban ensimismados y recelosos. Allí dentro sólo había dos hombres armados y éstos eran los de las metralletas «Hotkiss».

Lokiev conducía el camión y era quien se había encargado de cerrarlo por fuera.

—Es inútil tratar de averiguar en qué dirección ramos. Nos pasearán dándonos muchas vueltas —suspiró Maurice.

Gwen estaba a su lado y aceptó un cigarrillo. En todo momento procuraba estar cerca del hombre.

Permanecieron casi una hora en movimiento. Era obvio que intentaban confundirlos y desorientarlos para que no averiguaran el lugar al que se dirigían.

Al fin, el camión se detuvo. Se oyó el ruido de una gran persiana metálica y el camión se introdujo en un local cerrado. Volvió a bajarse la persiana metálica y por último, ya con el motor parado, abrieron la puerta posterior del camión y les invitaron a bajar.

—Hemos llegado —anunció Lokiev, el oriental que servía a la princesa Taniova.

Se apearon del vehículo y se vieron en el interior de un garaje-almacén mal iluminado. Uno de los hombres armados franqueó una angosta puerta de hierro y se encontraron con una escalera descendente que les condujo a un túnel subterráneo por el que se vieron obligados a pasar todos los invitados a la subasta y sus azafatas.

Por fin, llegaron a una amplia sala iluminada con una sola bombilla, pero los ojos de aquel grupo de terroristas, anarquistas

rebeldes de las más variadas nacionalidades, brillaron al descubrir los misiles cuidadosamente amontonados.

—¡Aquí están! —exclamó uno de los irlandeses.

—Son tierra-tierra y tierra-aire —dijo un árabe.

Un indochino observó:

—Desmontables en tres cuerpos y fácilmente transportables en una maleta.

Charlson agregó:

—El último modelo de misiles USA para guerrilleros que debían recibir los europeos de la OTAN como arma muy secreta.

—Pero, por lo visto, nuestro subastador consiguió robárselos a los de la OTAN —añadió Maurice van Behend.

—Exacto —ratificó una voz desconocida para todos los posibles compradores, más no para las chicas—, siempre se encuentra algún político o militar corrupto que facilita una información y como en la OTAN intervienen demasiados países, suelen haber muchos agujeros por dónde pueden perderse las cosas más valiosas. Es como tener un vestido con un exceso de bolsillos, siempre puede haber alguno que esté agujereado sin que nos demos cuenta.

—Vaya, la jefe de la organización es una mujer. —Se asombró el chino Lewan.

—Señores, están aquí para la subasta. Conozco muy bien el valor de cada una de las digamos «monedas» que me ofrecen. Ustedes escribirán sus ofertas en unas hojas que les pasaré y que recogeré más tarde. Luego, se marcharán de aquí, no sin que antes les muestre algunas cosas muy interesantes.

Uno de los indochinos, preocupado, inquirió:

—¿Cómo sabremos quién se ha llevado el gato al agua?

—Sólo lo sabrá el interesado y cuando llegue el momento, será advertido del lugar y hora en que recibirá los misiles. A partir de ese momento, pasarán a su cargo, cuidándose quien los obtenga de trasladarlos al país donde quiera operar y entregará lo que haya ofrecido. ¿Están todos ustedes de acuerdo?

Se miraron entre sí, había desconfianza general. Todos los compradores estaban desarmados, sólo tenían armas los secuaces de la princesa Taniova.

—No nos queda más remedio que estar de acuerdo. —Gruñó Maurice van Behend—. Según mis informes, los misiles portátiles

para guerrilleros que desaparecieron en ese envío a la OTAN, fueron un millar.

—Sí, son un millar, pero faltan dos con los que hemos hecho pruebas para comprobar su eficacia. Por supuesto, los organismos de la OTAN juran y perjuran que a ellos no les han robado misiles. Siempre hacen lo mismo. Aunque les robaran la cabeza, asegurarían que son invulnerables. Es una política de prestigio, no pueden ofrecer una imagen pública de incompetencia e irresponsabilidad, pero como ustedes verán, los misiles tierra-tierra y tierra-aire, último modelo

«K-000»

para guerrilleros, están aquí y mucho dinero y riesgos me ha costado ya. Por ello, comprendan que voy a exigir mucho por este alijo de armas con las que se pueden obtener los más difíciles e invulnerables objetivos, como a continuación les mostraré.

Lokiev, el mongólico, estiró de un rollo que había en la pared y dejó tensa una pantalla para proyectar películas a color de dieciséis milímetros.

Al destapar una caja que había al otro lado de la estancia, apareció una máquina de proyección con una película colocada en la bobina.

—Caballeros, tomen asiento. Son ustedes privilegiados. Otros muchos hubieran querido estar en este mismo lugar.

Tomaron asiento en sillas plegables de nylon y aluminio y se acomodaron frente a la pantalla. Los tipos de las metralletas se situaron a un lado y a otro de la estancia, cubriéndoles. A su derecha quedaban los cohetes, desarmados y cuidadosamente amontonados, y un millar de maletas apropiadas para su transporte. Luego, había otras pequeñas cajas que parecían contener filmadoras vulgares y corrientes.

—Recuérdenlo. Al final, cuando se les repartan las hojas, cada cual escribirá en ellas lo que está dispuesto a pagar por el alijo en la moneda que ya ha especificado. De este modo, sólo yo podré valorar lo que más me convenga.

Todos asintieron con la cabeza.

—Ahora, dispónganse a ver bien el manejo y el poder de las armas que les estoy ofreciendo. Por supuesto, los guerrilleros que las posean no podrán enfrentarse a ningún ejército ordinario, pero

en la guerrilla urbana o en el sabotaje serán los amos. Podrán ser el terror de los aeropuertos, de grandes edificios que por muy protegidos que estén se convertirán en vulnerables, hasta el mismísimo Buckingham o la Casa Blanca. Pero, todas mis palabras sobran. Sólo añadiré que para que estas armas pudieran llegar hasta aquí, han muerto no menos de doce hombres, sin contar las muertes que ha habido entre ustedes y que no puedo cargar en mi cuenta particular, ya que han sido al margen de lo que yo les exigí.

—Veamos ya la proyección —exigió el terrorista irlandés sin disimular su impaciencia.

La sugerencia de que podían destruir el mismísimo palacio de Buckingham con aquellos misiles le había estimulado hasta el tuétano.

Se apagaron las luces excepto dos; una, de escasa potencia, daba algo de claridad a la sala y la otra, que pertenecía al proyector, enfocaba a la pantalla, dejándola blanca.

Se escuchó el ruido del pase de la cinta del filme, y en pantalla, con sonido incluido, comenzaron a desfilar las imágenes.

—Vean ustedes cómo se transporta uno de estos misiles. Uno o dos hombres pueden hacerlo disimuladamente, aunque basta uno solo.

En pantalla se veía a un hombre con la pesada maleta y la cámara de filmar en bandolera.

—Escoge un edificio, solar solitario o patio más o menos deshabitado. Sigán las imágenes... Vean cómo nuestro hombre, entre unos arbustos, abre la maleta. Arma el cohete y lo monta en la pequeña rampa articulada que le da una leve inclinación en la dirección en que se supone debe estar el objetivo, aunque ello no importa demasiado, ya que el misil tiene facultad para cambiar el rumbo en el mismísimo vuelo.

»El hombre, si trabaja solo, deja el cohete camuflado y se aleja con su cámara de filmar. Busca su objetivo, que puede estar a un máximo de diez millas de distancia, lo que para una guerrilla urbana es una distancia muy considerable, ya que el misil puede montarse en cualquier azotea. Nuestro hombre rebasa unas lomas y se fija en una carretera de escasa circulación. Ve que por ella avanza un camión cargado de troncos. Fíjense en ello... Lo mismo podría hacer inmerso en cualquier multitud, fijándose en el

automóvil de un jefe de gobierno.

»Con la supuesta cámara de filmación a gran distancia, pues posee un teleobjetivo muy potente, además de un mini cerebro electrónico interior, enfoca al camión. Acerca la imagen, la coloca en el centro de la cruz del objetivo y sólo tiene que jalar el gatillo de la supuesta filmadora de turista aficionado. Fíjense...

En la proyección se vio cómo el cohete entraba en acción inmediatamente. Soltando un chorro de fuego, se elevó en el aire alzándose a una distancia de unos dos mil pies mientras el hombre de la falsa cámara de filmar mantenía el camión fijo en el objetivo.

El misil descendió veloz como el rayo, dando de lleno en la cabina y provocando una horrisona explosión.

El lugar quedó envuelto en llamas y cuando el humo se disipó en la filmación, sólo quedaron restos del fuego. Los árboles, en un radio de cincuenta yardas, estaban totalmente destrozados y el camión sólo era un montón retorcido de chatarra fundida.

El resultado había sido óptimo. El poder destructivo de aquellos misiles tan camuflados era devastador y la forma de operar podía pasar desapercibida hasta para la policía más exigente. Cualquier aeropuerto comercial quedaba a merced de los mortíferos artefactos si caían en manos de terroristas sin conciencia.

CAPÍTULO XI

Al encenderse la luz, la sofisticada, arrogante y altiva princesa Taniova preguntó:

—¿Qué le ha parecido la demostración?

—Magnífico. —Aplaudió Charlson.

—Gwendolyne, reparte las hojas a los cabecillas.

La joven tomó las hojas y se quedó mirando a Taniova.

—Usted nos sacó de la miseria, pero ha abusado de nosotras. —
Silabeó.

—¿Qué insinúas, pequeña?

—Pues que nos drogó con el café y el té para introducir en nuestros cuerpos emisores con los que nos ha estado controlando, con los que ha oído cuánto hemos hablado.

—Pobre pequeña, qué ingenua eres, caíste en la trampa. La verdad es que quise daros esa impresión cuando os hablé de un médico amigo mío, pero los emisores los llevaban los pequeños caniches, por eso os los cambié, para que no sospecharais de ellos. Dentro de sus cuerpecitos lanudos están introducidos los diminutos emisores y cuanto se hablaba cerca de ellos quedaba grabado en una cinta magnetofónica en casa o lo oímos en directo, a voluntad. Esas pieles tan lanudas son ideales para camuflajes, pero yo os hice creer que los había introducido a vosotras. Una droga, unos dolores en el abdomen provocados por una inyección y una falsa impresión. Me gusta tomar siempre precauciones.

—Una buena estratagema, señora.

—Princesa Taniova —corrigió a Maurice.

—Pero, a mí también me agrada tomar precauciones y lo de la filmación puede ser un engaño. Hemos de examinar alguno de esos misiles antes de hacerle las ofertas. ¿No les parece, compañeros de subasta?

Todos asintieron con la cabeza.

—Está bien. Lokiev, muéstrales cómo se arma uno de los misiles.

El oriental tomó uno de los misiles y lo fue montando, incluso la articulada rampa metálica de tubos telescópicos para que ocupara el mínimo de lugar dentro de la maleta. Todos se colocaron de forma óptima para poder verle mejor cuando, de pronto, Lokiev recibió una patada en la cara y cayó de espaldas.

—¿Qué pasa? —gritó la princesa Taniova.

Los dos sicarios que sostenían las metralletas «Hotkiss» calibre 12, dudaron entre disparar o no. Si lo hacían, allí dentro habría una auténtica *massacre*.

En medio de la confusión, Maurice van Behend había tomado una de las falsas Aliñadoras, colocando el dedo sobre el gatillo.

—¿Qué va a hacer? —le preguntó Taniova.

—Todos juntos iremos al infierno si sus amiguitos no tiran las metralletas. Todos con las manos arriba.

Charlson gruñó:

—¿Te has vuelto loco. Maurice?

—No.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Lewan.

—Pues, que sólo tenía un diamante y ya se lo di a la vieja. No puedo ofrecer más, de modo que si no me lo dan todo, nos vamos todos al infierno y ahora mismo.

—Te crees muy listo, ¿eh? —Silabeó la princesa Taniova—. Pues esa filmadora no funciona.

—¿Ah, no?

—No. Le faltan las pilas eléctricas para que funcione la mini-computadora, al estilo de las calculadoras electrónicas portátiles.

—Tonterías, princesa. Sé que estas supuestas fumadoras funcionan mediante acumuladores eléctricos blindados que ya van incorporados y son capaces para efectuar cien disparos, de modo que sólo tengo que jalar el gatillo y todo hará «pum». ¿Entendido?

—Sabes mucho, ¿eh?

—Lo suficiente. Al suelo las metralletas.

—Haced lo que dice —ordenó la vieja, pálida ante aquel ataque por sorpresa.

—Maurice, ¿serás capaz de matarnos a todos? —le preguntó Gwendolyne, angustiada.

—No lo dudes. Todo esto es para mí o para nadie. Charlson,

coge una de las metralletas y dame a mí la otra.

—Enseguida.

—Lewan, tú hazte cargo del cohete armado.

—¿Cómo?

—Eres fuerte, cógelo entre las manos, nos lo llevamos con nosotros. Primero, saldremos todos de aquí y luego, regresaremos con un camión a por los misiles.

—Me parece una excelente idea.

Lokiev trató de intervenir, pero Charlson lo barrió con aquellos gruesos proyectiles del doce.

—¿Alguien más quiere morir? —preguntó Maurice.

—Una buena idea, Maurice. —Aplaudió Charlson—. No sabía qué te traías entre ceja y ceja, la verdad es que siempre nos das sorpresas.

—Cachéalos a todos, no quiero que nadie quede armado.

Tras quedar todos desarmados y Lewan cargando con el misil, Maurice tomó la otra metralleta en su diestra. En la zurda portaba la falsa cámara que era el goniómetro electrónico de los misiles.

—Charlson, tú abre la marcha. Yo la cerraré, es decir, Lewan irá tras de mí, y si alguien comete una tontería, se repartirá plomo a granel. ¡Andando!

Se introdujeron por el túnel, abandonando la cueva de los misiles. Avanzaron por el túnel hasta llegar al almacén-garaje.

Maurice abrió las puertas de aquel camión blindado que dejaba incomunicados a quienes viajaban en su interior y ordenó:

—¡Todos arriba! Bueno, las chicas no.

—¡Ya lo habéis oído! —gritó Charlson, eufórico—. ¡Todos arriba! Y las chicas, ¿por qué no, Maurice?

—Porque han sido utilizadas por esa vieja.

—Bueno. ¡Los demás, arriba!

—¡Esto lo pagaréis caro, no os saldréis con la vuestra! —masculó la princesa Taniova.

—Lo siento, princesa, hay que saber perder —le dijo Maurice. Volviéndose hacia el chino Lewan, ordenó—: Deja el misil aquí, metido a la entrada del túnel sin la rampa.

—¿A la entrada del túnel? ¿Por qué?

—Luego te lo explico.

—Son como un rebaño de reses destinadas al matadero —se rió

Charlson—. ¿Qué te parece si las tiramos al Sena, camión incluido?

—No, Charlson, eso lo decidiré yo. Ahora, sube tú también al camión.

—¿En la cabina?

—No. Primero, suelta tu metralleta y luego, sube con los demás. Tú también, Lewan.

—Maurice, no estarás hablando en serio, ¿verdad? —le preguntó Charlson, torciendo el gesto.

Sin dejar de encañonar al negro y ante las miradas atónitas de todos, Maurice clavó las uñas de su zurda por debajo del maxilar y estiró hacia arriba, arrancándose una completa máscara que había transformado su rostro por entero, gracias a una obra de arte hecha por el extraño Leónidas.

—Yo no soy Maurice van Behend. Él se halla en un sanatorio psiquiátrico de Londres. Se le encontró drogado y las autoridades, teniendo en cuenta su personalidad, decidieron que era mejor retenerlo en el sanatorio mientras otro hombre ocupaba su lugar para poder encontrar los misiles robados a la OTAN. Y ese hombre soy yo.

—¡Maldita rata! —aulló Charlson fuera de sí al verse engañado.

Las ráfagas de metralleta se cruzaron y el negro saltó como una pelota, empujado por las gruesas balas del doce. Lewan, que no quiso morir como su compañero, optó por levantar las manos.

—Algún día te cogeremos, maldito espía.

—¿Espía? —Sonrió sarcástico con aquella nueva cara que descubría a Gwendolyne lo mismo que a los demás, un rostro sin la gran cicatriz, pero con idéntico magnetismo.

—Alguna defensa habíamos de tener contra el mundo del terrorismo, ¿no? Vamos, arriba.

Cuando Lewan estuvo en lo alto del camión, el supuesto Maurice cerró por fuera, asegurándose de que no podrían escapar.

Después, miró a las chicas y dijo:

—Podéis comenzar una nueva vida. Marchaos de París a cualquier parte. Tenéis figura, estudios, buen porte. Sabréis encontrar nuevos caminos. Ah, y si decidís llevaros a los caniches, que un veterinario les saque de la barriga esos emisores que llevan. De ti ya me ocuparé yo personalmente, Gwendolyne.

—¿De mí?

—Sí. Tú llevas uno dentro, por pocas horas, claro.

—¿Cómo dices?

—Te lo hice tragar yo. En la copa del Maxim's te puse un poco de droga de efecto lento. Luego, con ayuda de un amigo mío, te hice tragar un diminuto emisor de señales y si no ha fallado, mi amigo estará fuera, esperando.

—¡Maurice, tú también eres un tramposo!

—No me llamo Maurice, sino Steve. Ya tendremos tiempo de hablar de ello, si te parece.

Se dirigió a la puerta metálica y pulsó el botón que la accionaba eléctricamente. Ésta se fue levantando. Afuera, algo lejos, aguardaba Leónidas con un coche.

—¡Eh, estoy aquí! —gritó—. ¡El artilugio ha funcionado, menos mal que la chica todavía no ha ido al W.C.!

—Ven, tengo otro trabajito para ti, Leónidas.

Leónidas dejó su coche y corrió hacia ellos. Aquel garaje daba a la parte posterior del palacete que habitaba la supuesta princesa Taniova, quien días más tarde también se demostraría que no era tal.

—Sube al camión. Está lleno de tigres enfurecidos.

—¿Y qué hago con ellos? —preguntó el insólito Leónidas, que incluso asustó a las chicas.

—Llévalo a la plaza Louis Lépine y deténlo frente al número...

—Eh, aguarda. Ahí está la Prefectura Superior de Policía.

—Exacto. Detienes el camión y te largas. Yo ya me encargaré de telefonar al inspector Laboiser para que se haga cargo de los tigres y los meta entre rejas. Eso le ocasionará muchos problemas internacionales, pero así no se aburrirá antes de que lo jubilen.

—De acuerdo. —Subió al camión y asomando la cabeza por la ventanilla, preguntó—: ¿Cuándo nos volveremos a ver?

—Ya te llamaré cuando te necesite otra vez. Y, descuida, ya te enviaré tu cheque.

—Eso espero.

Arrancó con el camión, alejándose rápidamente con su carga humana en dirección a la prefectura de policía.

Steve miró a las desorientadas chicas y les dijo:

—Vamos, ¿a qué esperáis? Marchaos cada cual por dónde quiera. Supongo que no querréis ir a la cárcel. Yo, de vosotras,

abandonaría Francia antes de que esa maldita vieja cante por los codos.

Y las muchachas se alejaron aprisa, cada una de ellas con un pequeño caniche. El gris quedó junto a Gwen, que no se movió del lado de Steve.

—Tú me has salvado la vida. Ahora, carga conmigo.

—Con mucho gusto. Vamos al coche que ha traído Leónidas.

Se alejaron en el auto. Luego, Steve se detuvo. Miró hacia el ya lejano garaje y apuntando con la falsa cámara de filmar, jaló el gatillo.

Casi al instante, se produjo una horrisona explosión seguida de otras que hicieron temblar la tierra en un gran radio de acción.

El palacete, como dinamitado concienzudamente, se desmoronó hasta el último de sus ladrillos, quedando un gran boquete donde había surgido la llamarada central, provocando el pánico en las mansiones próximas.

—¿Por qué los has destruido?

—Ésas eran las órdenes que tenía: Destruir todos los misiles siempre que ello no causara un daño a gente inocente. Si la policía francesa encontraba los misiles, alguien podría seguir insistiendo en que la OTAN había sido robada en su armamento más moderno y secreto, y admitir esa posibilidad, resulta demasiado peligroso, tanto en Oriente como Occidente. Solución: Destrucción total de los misiles.

—Pero, los del camión pueden hablar.

—No, ellos no hablarán a la policía francesa, sería tanto como admitir que han robado armamento militar. El problema será para el inspector para buscarles cargos, pero eso ya no es asunto mío.

Pasó una mano por el hombro de Gwendolyne atrayéndola hacia sí mientras pisaba el acelerador a fondo y tomaba la autopista

A-6

para dirigirse a Suiza. Se había ganado unas vacaciones y acompañado las pasaría mucho mejor.

FIN



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE
CORIN TELLADO**

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

NOTAS

[1] Fiesta de fuego. < <